La Novela Policíaca



SUPLEMENTO NÚM. 9
A *La Novela Cómica*

A. MORI

LORD CLEVELAND
o
Una noche sangrienta

20 CÉNTIMOS

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el boticario y las chulapas o celos mal reprimidos (un acto).—El señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos (un acto).

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración con J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Sole (un acto).—El porvenir del niño (un acto).—Las mocitas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un acto) (2).—Las castañeras picadas (un acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide.

A. MORI

LORD CLEVELAND
O
UNA NOCHE SANGRIENTA

Drama policíaco en cuatro actos

ACTO PRIMERO

Habitación del castillo de Cleveland. A la derecha, esquinada, una ancha puerta cubierta por un tapiz, y otra al lado. A la izquierda, otra puerta. En el fondo, un ventanal. Es de noche. Al levantarse el telón están jugando al pocker, en uno de los lados del salón, lord Cleveland, que es el dueño del castillo; Belcher, de cincuenta años, de ceño adusto; Ducht, viejo aristócrata; Baldwin y sir Arturo Cleveland, primo de Cleveland, de cuarenta años, también aristócrata. Al otro lado están conversando lady Eulalia, única hija de Cleveland; lady Roberts, sobrina de Ducht, y las señoras de Baldwin y de Ducht. También está en este último grupo Jorge Fose, novio de lady Eulalia. Todos visten de etiqueta.

BAL.—Buena...

ART.—No tanto. Yo gano.

CLE.—Hoy es para ti la fortuna, primo.

ART.—Así lo fuera en otros terrenos...

FOSE.—(Al grupo de señoras, y de pie.) Es maravilloso. En cuanto un hombre se acerca a ustedes, dejan de hablar de trapos y de doncellas buenas, malas y medianas, y se ponen ustedes a tono con nuestros gustos... Alabo la delicadeza, y la agradezco...

SRA. BAL.—Y eso que se acerca usted a nosotras sólo por lady Eulalia...

FOSE.—Toda falta en amor es disculpable...

ROB.—Sobre todo, cuando se disimula tan bien...

ART.—(A los de su grupo.) Buena para mí...

(Todos le pagan.)

BEL.—Sigue la racha, sir Arturo...

ART.—(Desdeñoso.) ¡Pchs! La indiferencia es de buen tono, lo mismo en las ganancias que en las pérdidas...

DUCHT.—De acuerdo.

BAL.—Es que usted también gana esta noche.

DUCHT.—Pues, entonces, que hablen las víctimas...

BAL.—La mayor víctima es Cleveland, nuestro buen jefe de cacería...

CLE.—Para la conciencia, es una satisfacción perder.

BEL.—Y como ocurre casi siempre, lo que es bueno para la conciencia, no lo es para el bolsillo...

CLE.—Mentira parece, amigo Belcher, que sea usted el visitador y patrón más distinguido de las monjas de Fladong...

BEL.—Paradojas...

SRA. BAL.—(A lady Eulalia.) ¿Y cómo siendo Belcher, por disposición testamentaria de su madre de usted, que Dios mantenga a su lado, el tutor que se le tiene a usted reservado no se tutea con lord Cleveland?

EUL.—¡Ay, señora Baldwin! Porque se odian profundamente. Mi padre sabe que nuestra gran fortuna desapareció por su propia clupa, y que mi madre, al morir, hubo de dudar de la entereza que el pobre pudiera tener para nombrar tutor... Y por eso he respetado siempre los santos designios de aquella santa mujer... Pero el odio es más fuerte que la educación, y a veces...

FOSE.—Cuando les veo juntos, huyo siempre de su lado. Mis relaciones con Eulalia son a cada momento motivo de hondas disputas entre ellos...

SRA. DUCHT.—¿Y cómo pensó su madre de usted en ese juicio de Belcher? (A Eulalia.)

EUL.—Fué su administrador. Le conocía hacía muchos años y le trataba como a un hijo. Gracias a ella, se enriqueció el infame, mientras nosotros...

ROB.—(Consolándola.) Eulalia...

FOSE.—Por fortuna, nada hay tan fuerte como nuestro cariño...

SRA. DUCHT.—Y, por fortuna también, lord Cleveland vivirá mucho tiempo...

(Por entre las cortinas de la primera puerta de la derecha asoma la cabeza y parte del cuerpo del criado Williams.)

WIL.—(Mirando con rabia a sir Arturo.) ¡Temblando estarías, sir Arturo, si supieras que me tienes tan cerca! (Sigue mirándole con rabia durante un rato.)

BAL.—(Viendo que ha ganado nuevamente sir Arturo.) ¡Otra vez!

ART.—¿Le sabe a usted mal?

BAL.—Al contrario.

(Un criado sirve pastas y champagne. Es un criado muy viejo que sirve hace muchos años en la casa.)

EUL.—(Sirviendo a las señoras.) Señora Baldwin... ¿champagne?

SRA. BAL.—Gracias, Eulalia.

EUL.—¿Y usted?... Sé que le gusta.. (A señora Ducht.) (A lady Roberts.) ¿Un poco de té?... Conozo los gustos de todos. Ahora te toca a ti... (A Fose.)

FOSE.—Eres encantadora. (También sirve a Fose pastas y champagne.)

EUL.—¡Oh! Me olvidaba de los jugadores...

(Va hacia los jugadores en el preciso momento en que Cleveland se fija en una maniobra que ha hecho sir Arturo con las cartas.)

CLE.—(Aparte.) ¿Será posible que?...

EUL.—(A los jugadores.) Se acabó el juego...

CLE.—Tú mandas.

DUCHT.—Siempre la hemos obedecido a usted, Eulalia.. Pudo usted observarlo en la cacería de hoy.. En cuanto oíamos la voz de usted, atendíamos con el mismo respeto que si nos hubiese mandado el capitán de nuestra compañía... ¡Adelante! ¡Cuidado con el despeñadero de Harvey! ¡Por aquí! ¡Arm! (Todos ríen.)

EUL.—Es usted muy amable... ¿Verdad que el señor Ducht merece que brinde por él?

JUGADORES.—¡Sí, sí!.. ¡Es claro! ¡Magnífico!

EUL.—Pues allá va... Brindo por el buen éxito de la cacería de mañana, para que sea usted el triunfador de estos valles, riscos y peñascales... y, sobre todo, para que no se le peguen las sábanas esta madrugada... (Todos ríen.)

CLE.—(Mirando disimuladamente una carta.) ¡Oh! Esto es una infamia...

EUL.—¿Y tú no bebes, papá?

CLE.—Sí, hija mía... (Bebe.) ¡Por todos!

SRA. BAL.—(Al Criado viejo.) ¡Cuánto debe usted amar esta casa!

CRI. VIE.—Treinta años hace que soy criado en ella. La conozco más que el propio señor...

SRA. DUCHT.—De sus secretos sabrás tanto como él...

CRI. VIE.—Misterioso es el castillo, señora, y si no fuera por lo bueno que es su amo me echaría a temblar...

EUL.—(A Jorge Fose.) Mira, Jorge... (Indicándole el ventanal.) ¡Qué hermosos reflejos tienen las aguas!

JOR.—Cierto.

CLE.—Estas aguas encierran una historia trágica... Hay quien dice que murieron ahogados en ellas más de cien caballeros en una famosa batalla... Proceden de los montes de Clife y tienen tal fuerza, que a veces arrastran hasta edificios...

(Todos se inclinan para ver el agua.)

ROB.—(A Eulalia.) Miedo me daría vivir aquí mucho tiempo... Estáis rodeados de peligros...

EUL.—¡Se vive muy bien! Esta misma noche, contemplando el cielo estrellado, de aventuras románticas, y estas benditas aguas, parece que nos hallamos en un viejo castillo de Venecia...

(El criado recoge el servicio y vase.)

CLE.—¡Lo que puede la fantasía!

(Sale por la primera de la derecha Williams, a quien el viejo criado da parte del servicio para que lo retire. Al pasar cerca de sir Arturo, que se ha quedado aislado, no puede éste contener un movimiento de contrariedad. Los demás forman grupos aparte. El Criado viejo se va.)

ART.—(A Wiliams.) ¿Tú aquí?

WIL.—Aquí, sir...

ART.—Es raro.

WIL.—No hay nada raro en este mundo. El señor quisiera no verme, pero la casualidad...

ART.—Bueno...

WIL.—No molesto más al señor... Pero sepa que Williams no olvida...

ART.—¿Es una amenaza?

WIL.—Es una respetuosa advertencia. El señor engañó a mi hermana, que hoy es una infeliz mujer... Justo es que sufra el señor esta pequeña persecución de Williams.

ART.—¿Persecución? Hablaré a lord Cleveland para que prescinda de tus servicios. Esto no puede consentirse.

WIL.—Tendrá que enterarse de muchas de las granujadas del señor...

ART.—¡Cómo!

WIL.—Granujadas he dicho... Esta es una palabra que uso con bastante frecuencia hablando del señor...

ART.—Eres un imbécil.

WIL.—Y el señor, un... ¡canalla!

ART.—¡Williams!

WIL.—Hasta ahora no había tenido la fortuna de encontrar al señor... ¡Y eso que le he buscado! Fué preciso colocarse en esta casa, en donde, por otra parte, se está muy bien... Ya sabía yo que aquí había de hallarle...

ART.—¡Ea, basta!

WIL.—Basta, pues... (Marchándose.) Dispense el señor... (Aparte.)

¡Bandido! Llegó tu hora... ¡Por mi madre te juro que no saldrás vivo de esta casa! (Desapareciendo por una de las puertas.) ¡Qué dicha! ¡Tenerle cerca! ¡Poder al fin ejercer la más santa de las venganzas!

ART.—(Aparte.) ¡Qué contratiempo!

EUL.—Vamos, señores... Llegó el momento del desfile...

DUCHT.—Cada mochuelo a su olivo...

BAL.—Paso por lo del olivo, pero por lo del mochuelo... ¡Caramba!

EUL.—Yo les distribuiré a ustedes.

TODOS.—¡Muy bien!

EUL.—(A Baldwin, Ducht y las señoras de ambos.) Vengan ustedes... Les he destinado las dos habitaciones más solemnemente históricas del castillo... Han dormido en ellas príncipes y reyes... (A lady Roberts.) Tú aguarda... Para ti, la ventana más poética del caserón... Ya verás.

ROB.—¡Qué chiquilla esta!

BAL.—Hasta muy pronto...

DUCHT.—¡Qué jornada nos espera, Ducht!

(Vanse por la izquierda los dos matrimonios y Eulalia.)

ROB.—(A Jorge.) Es encantadora esa muchacha... ¡Quiérala usted mucho!

FOSE.—¿Más todavía, lady Roberts?

CLE.—(A sir Arturo.) Tengo que hablarte.

ART.—Estoy a tus órdenes.

CLE.—Ahora mismo.

ART.—Bien.

BEL.—(Acercándose al grupo de lady Roberts y Fose.) ¿Y estos ánimos?

FOSE.—(Apartándose.) ¡No puedo con ese hombre!

ROB.—Bien... (Apartándose también.)

BEL.—(Aparte.) Eulalia va sembrando el odio hacia mí, sin saber que ese odio puede hacerla desgraciada para toda la vida.

ROB.—(A Fose.) ¡Qué repugnancia me causa ese judío!

FOSE.—A mí, con mayor motivo...

ROB.—No me explico cómo la madre de Eulalia...

FOSE.—¡Ah! La madre de Eulalia era la dueña de todo.

ROB.—Entonces, si muriese lord Cleveland, siendo Eulalia menor de edad, el tutor habría de ser irremisiblemente Belcher... contra toda oposición, contra toda justicia...

FOSE.—Así está escrito, pero no será.

ROB.—¡Con qué endiablado cinismo estará deseando Belcher la muerte de lor Cleveland! Porque en este caso él sería el único usufructuario de todo... ¡El amo!

FOSE.—He dicho que no será, lady Roberts.

(Eulalia vuelve, y al salir por la izquierda, Belcher se acerca a ella.)

BEL.—¿Y a mí no me acompañas?

EUL.—(Con desdén.) No.

BEL.—Gracias... (A los demás.) Yo también me retiro...

CLE.—Llame usted a un criado, Belcher.

BEL.—No es preciso. (Vase por la izquierda.)

EUL.—(A lady Roberts, cogiéndola del brazo.) Ven conmigo... (A su padre, besándole en la frente.) Buenas noches, papá.

CLE.—Adiós, hija.

EUL.—(A Fose, dándole la mano cariñosamente.) Hasta mañana.

FOSE.—(Besando la mano a Eulalia.) Hasta mañana. (Eulalia y lady Roberts vanse por la primera puerta de la derecha. A Cleveland y sir Arturo.) ¿Ustedes se quedan?

CLE.—Sí, Jorge... Fumaremos un cigarro... Está la noche muy buena y los dos padecemos de insomnio... (Oprime el botón del timbre y aparece el viejo criado.) Apaga las luces y acompaña al señorito Jorge a sus habitaciones.

FOSE.—(Saludando.) Prometo cumplir mejor que hoy en la cacería.

CLE.—Recojo la promesa. (Riendo. El Criado apaga todas las lámparas, menos una pantalla de pie que déja encendida, y sale con Fose por la izquierda.)

CLE.—(Ofreciendo un cigarro a sir Arturo.) Necesito que me obedezcas.

ART.—¿Yo?

CLE.—Sí: tú... Llevas una vida de crápula desdichada; pero todo se te puede tolerar en honor a tu historia de calavera y de hombre de mundo, menos que comprometas, como lo has hecho esta noche, el crédito de una honrada casa...

ART.—No comprendo...

CLE.—Los Cleveland no hemos tenido que avergonzarnos nunca de nada, y esto (Mostrándole algunas cartas señaladas.) es un baldón, no sólo para ti, sino para esta casa que ha dado hospitalidad a unos amigos para que tú les robases el dinero.

ART.—¡Eso!... (Muy avergonzado.)

CLE.—Eso.

ART.—Hay casos en la vida...

CLE.—A mí solo me has ganado—digo ganado, para no seguir avergonzándote—cincuenta mil libras. Sabes que estoy arruinado, que sólo me queda este castillo .., que todos hacen leña de mi ruina... y, sin embargo...

ART.—Estoy dispuesto a devolverte...

CLE.—¡No lo quiero! ¡Yo no lo quiero!

ART.—Entonces ..

CLE.—Te exijo que lo devuelvas a los demás.

ART.—Lo que me propones es absurdo.

CLE.—Yo mismo me encargaré de devolverlo... Inventaremos un pretexto...

ART.—No... no...

CLE.—¡Es preciso!

ART.—¡Valiente noche! Mira: mejor será que me vaya esta misma noche .. Así evitaremos situaciones violentas...

CLE.—¡De ningún modo! Hay que devolver ese dinero... Me bastarán unas horas para reflexionar sobre lo que he de decir, y a ti mismo te sorprenderá mi inventiva.

ART.—¡Qué vas a decir!

CLE.—No lo sé ahora... Pero algo quo sea decoroso para los dos... Yo no puedo tolerar que un pariente de l s Cleveland manche nuestro glorioso apellido con tamaña infamia... ¿Es qué no tienes conciencia?

ART.—¡Bah!

CLE.—La tengo yo por ti, y hago justicia. Ese dinero no te corresponde. ¡Lo has robado!

ART.—¡Otra vez!

CLE.—Y ciento. Lo que tu has hecho es... robar miserablemente...

ART.—Calla... calla...

CLE.—¿Pues qué creías? ¿Que iba a dejar pasar tu acción canalla como una gracia más de tu temperamento desequilibrado?

ART.—Insúltame cuanto quieras.

CLE.—No. ¡Si lo que quiero es que me obedezcas! Ya te lo he dicho; ¡que me obedezcas!

ART.—¡A qué precio!

CLE.—Al de tus innobles ganancias.

ART.—(Marchándose hacia la segunda puerta de la derecha, en la que hay un tápiz.) Es inútil... No puedo hacer lo que me propones.

CLE.—¡Entonces, confesaré tu delito!

ART.—¡No!

CLE.—Escoge.

ART.—No puedo, no sé... ¡Me torturas!

CLE.—¡Por tu dignidad! ¡Por la mía!

ART.—¡Déjame!... Piénsalo mejor... Verás como lo mejor es... callar... Yo he tenido una mala hora... es cierto; pero necesitaba dinero en abundancia, y...

CLE.—¡Infame!

ART.—(Marchándose por la puerta del tapiz.) ¡Déjame!

CLE.—(Entrando tras él.) ¡No quiero! (Pausa.)

(Por la puerta de la izquierda aparece Willams, en actitud amenazadora. Mira a todas partes con recelo y se fija en la habitación por donde han desaparecido Cleveland y sir Arturo.)

WIL.—Esta es la hora mejor. Necesito matarle cara a cara... No como un cobarde, mientras duerme... (Escucha.) Su habitación está muy cerca de aquí... casi al lado... ¡Eh!... Viene alguien... (Escondiéndose tras de una cortina o mueble.) Sí... es lord Cleveland.

CLE.—(Desde la puerta del tapiz.) No te resistas... (Como si luchara con sir Arturo.) ¡Mía es! (Mostrando una cartera, que se supone ha quitado a sir Arturo.) Mañana habré salvado la honra de los dos.

(La mano de sir Arturo oprime la de Cleveland. Este tiene todo el cuerpo en escena.)

ART.—(Desde dentro.) No... oye...

CLE.—(Volviendo a desaparecer por el tapiz, y apareciendo de nuevo con la cartera y marchándose precipitadamente hacia la izquierda.) Ya no hay remedio.

ART.—(Dando un grito fuerte desde dentro, pero no entendiéndose bien lo que dice.) ¡¡Oye!!

(Cleveland desaparece por la izquierda. Williams sale de su escondrijo, algo sorprendido, y cuando se ha convencido de que Cleveland no vuelve, avanza hacia la habitación de sir Arturo.)

WIL.—Tiene razón lord Cleveland: ¡Ya no hay remedio! (Descorre el tapiz y entra en la habitación de sir Arturo, pero al hacerlo da un grito y retrocede.) ¡Eh!... ¿Qué es eso? ¿Está herido? (Desapareciendo por el tapiz y volviendo a aparecer con una navaja en la mano). ¡Está muerto! (Indeciso.) ¡Y creerán que yo!... (Oyendo ruido.) ¡Vienen!...

(Guardándose la navaja. El primero en entrar por la izquierda es el Criado viejo.)

CRI.—¿Has oído?

WIL.—(Tembloroso.) Por eso estoy aquí, porque me pareció que de estas habitaciones procedía el grito... Indudablemente lo dió sir Arturo.

CRI.—(Descorriendo el tapiz.) ¡Oh! ¡Mira!

WIL.—¡Asesinado!

CRI.—Voy a llamar a lord Cleveland. ¡Qué desgracia, que desgracia! ¡Favor!... ¡Aquí...

(Por la izquierda aparecen Belcher y Baldwin. El Criado vase por la misma puerta.)

BEL.—Ese grito...

CRI. VIE.—¡Sir Arturo ha sido asesinado!...

BAL.—¡Qué!...

(Belcher y Baldwin se lanzan hacia la habitación de sir Arturo. Jorge Fose, que ha oído las últimas palabras del Criado viejo, aparece por la puerta de la izquierda.)

FOSE.—¡Asesinado!

(Eulalia y lady Roberts salen por la primera de la derecha.)

EUL.—¿Qué ocurre?

WIL.—Sir Arturo, asesinado...

EUL.—¡Oh!... ¿Y el asesino?

WIL.—¿Quién puede decirlo?

EUL.—¡Padre! (Yendo hacia la izquierda.) ¡Padre!

(En este momento Cleveland sale por la izquierda y se abraza con su hija. Detrás salen los demás personajes que antes estaban en escena y algunos criados, entre ellos el Criado viejo.)

CLE.—No me explico...

BAL.—¿Tiene usted confianza en los criados?

CLE.—Completa. A quien menos conozco es a éste... (Fijándose en Williams.)

CRI. VIE.—Williams fué el primero que se dió cuenta...

CLE.—(A Williams.) ¿Tú?... ¿El primero?... Es preciso que te justifiques. Tengo en ti menos confianza que en nadie... Regístrale... (Al Criado viejo.)

(Este le registra y no le encuentra nada.)

WIL.—(Aparte.) ¡No lo ha visto! (Aterrado.) Señor... ¿Yo?...

SRA. DUCHT.—No deje usted salir a nadie, lord Cleveland... ¡Qué disgusto tan horrible!

DUCHT.—Y aquí no hay modo de que acuda nadie.

(Williams va a salir, pero Cleveland le detiene.)

CLE.—No. Aguarda...

WIL.—(Aparte.) ¡Dios mío!

BEL.—(Saliendo con Baldwin de la habitación de sir Arturo con un puñal en la mano y un puño de camisa.) En el suelo hemos hallado este cuchillo de muerte...

CLE.—¡¡El mío!! (Williams hace un movimiento de asombro. Todos quedan mirando a Cleveland aterrados.)

BEL.—Y este puño, oprimido por una de las manos del cadáver.

(Cleveland levanta su brazo derecho, ve que le falta un puño y que el que han encontrado es el suyo.)

CLE.—Es... mío... también. Señores... yo... les explicaré...

EUL.—(Sin dejar a su padre.) ¡Padre, qué significa esto! Habla...

FOSE.—Sí... Hable usted... (Cleveland, presa de gran emoción, no puede pronunciar palabra.)

BEL.—No es preciso. Nos hallamos ante un caso tristísimo, lord Cleveland y sir Arturo...

CLE.—¿Qué supone usted?

BEL.—¡Lo más sensible, Cleveland! Pero no porque nos hallemos en su casa podemos permanecer impasibles ante el crimen... El asesinato de sir Arturo había de envolvernos a todos los que nos hallamos aquí esta noche como directos responsables del mismo, si no hubiera uno que se erigiera en juez con todo el sentimiento de su alma. . Y éste soy yo... Cleveland... Por los corredores (A Cleveland) le he visto a usted hace unos momentos con una cartera en la mano... ¿Quiere usted hacernos el favor de mostrárnosla?

CLE.—¡Miserable! (Va a lanzarse sobre Belcher, pero le contienen.)

BEL.—La cartera...

CLE.—Pues bien... Ahí va... (Se saca del bolsillo la cartera y la arroja al suelo.)

BEL.—(Recogiéndola y haciendo un gesto de asombro.) ¡La cartera de sir Arturo! (Sensación en todos.)

EUL.—No, no es verdad.. Di que no es verdad, padre, que este hombre te acusa villanamente... que tú... ¡habla, por Dios, habla, padre mío!

CLE.—Esto es... una...

(Se sienta acometido de un ataque nervioso. Eulalia y Fose acuden a auxiliarle. Los demás permanecen inmóviles.)

EUL.—¡Padre!

BEL.—Hubo lucha... Lord Cleveland está arruinado. . Sir Arturo había ganado dinero...

FOSE.—(A Belcher.) No sé cómo me contengo... Hablar así en su propia casa .. ¡Ante su hija! ¡Ante el que ha de ser su hijo! Lord Cleveland no puede ser un asesino...

BEL.—¡Mucho me pesa, porque su deshonra nos alcanza a muchos!; pero ¿y estas pruebas? ¿Y estas pruebas?

BAL.—Ahora mismo salgo a dar parte de lo sucedido... No podemos seguir así...

(Cleveland vuelve en sí y prorrumpe en grandes sollozos.)

SRA. DUCHT.—Es indispensable apartar a Eulalia de aquí... Fose, tráigala usted con nosotros.

SRA BALD.—Yo estoy como atontada. Todo me parece un sueño.

FOSE.—Eulalia..., un momento... Vamos. . Luego volverás.

EUL.—¡Mi padre no ha matado a sir Arturo! ¡No, señores, no le ha matado!... ¡Llévense ustedes a ese hombre! ¡Es un impostor! ¡El odio le hace hablar como habla!

FOSE.—¿Ninguno de los criados que han acudido primero tiene pruebas para confundir al que acaba de lanzar tamañas infamias?... ¿Ninguno?

(Williams baja los ojos.)

CRI. VIE.—(A Williams.) Habla tú que acudiste primero que nadie...

WIL.—A mí... me pareció oír la respiración fatigosa de dos hombres que luchaban...

BEL.—¿He mentido, señor Fose?

WIL.—(Aparte.) ¡Soy un mal hombre!

EUL.—¡No lo crean ustedes!... ¡Es un impostor!

FOSE.—Vamos, Eulalia...

EUL.—¡Un impostor!

(Lord Cleveland sigue sentado sin poder hablar. Fose y las señoras se llevan a Eulalia por la izquierda. También se van por esta puerta los demás personajes, en medio de un gran terror.)

WIL.—(Al marcharse.) ¡Me he salvado!...

BEL.—(Al Criado viejo, que está llorando. Sin saber lo que hacer.) Apague la luz y cierre la puerta de la habitación. (Por la de sir Arturo.) (El Criado viejo obedece. En este momento, Cleveland se levanta trabajosamente e intenta salir por la primera puerta de la derecha, pero Belcher, que estaba junto a la puerta segunda, como distraído, contemplando lo que hace el Criado viejo, le detiene) ¡Quieto! No te vale estar en tu casa... Hay que tratarte como lo que eres... como un criminal...

CLE.—¡Yo... un...!

(Hace un esfuerzo y se lanza como una fiera sobre Belcher.)

BEL.—¡Ah, canalla! ¿Contra mí ahora?

(Como Belcher está en mejores condiciones, luchan ambos furiosamente, venciendo Belcher; el cual, habiendo conducido a su adversario hasta la ventana, le abalanza hacia el exterior.)

CLE.—¡Ase... si...!

BEL.—(Teniendo todo el cuerpo de Cleveland fuera y sólo cogiéndole por las manos, que, a su vez, tiene Cleveland agarradas al alféizar de la ventana.) ¡Conmigo, no; Cleveland, conmigo, no! ¡Mío había de ser todo lo tuyo, y lo será desde ahora!... ¡Para todo el mundo te habrás suicidado!... ¡No tiene derecho a vivir un hombre como tú!... (Cleveland lanza una ex-

clamación terrible, pero ahogada, y es arrojado por la ventana.) ¡Justicia; nada más que justicia! ¡Así se defienden los hombres! (Asomándose a la ventana.) Debió de arrastrarlo la corriente...

CRI. VIE.—(Saliendo de la habitación de sir Arturo.) Está usted servido, señor...

(Atraviesa la escena llorando.

BEL.—Está bien.

CRI. VIE.—¿Y el señor?

BEL.—Me pareció verle salir...

CRI. VIE.—(Lloroso.) ¡Desdichado!... Pero ¿es que se ha vuelto loco?

BEL.—Sin duda...

ACTO SEGUNDO

La escena representa una de las dependencias de la Audiencia. Puerta en el fondo, muy ancha, y dos laterales, una a cada lado. Además, un balcón que da a la calle. La habitación estará amueblada lujosamente. Una mesa de escribir a la izquierda. A la derecha, un diván y sillones. Al levantarse el telón, el profesor Murliam, distinguido «detective», estará sentado en uno de los sillones, fumando. Es de aspecto noble e interesante.

UNA VOZ.—«Se suspende la vista.» (Vese pasar el público por el foro.)

PRE.—(Entrando por el foro.) Pronto se cansó usted, míster Murliam...

MUR.—(Levantándose.) No tal, señor Presidente. Me ha interesado la vista más de lo que usted supone... Pero necesitaba meditar unos momentos y me he permitido utilizar su despacho.

PRE.—Usted manda, míster Murliam.

MUR.—Gracias.

PRE.—Y... ¿qué opina usted del proceso?

MUR.—Lo mismo que usted: que ese Belcher es culpable. Pero como no hay pruebas, la Ley exige que se le absuelva... ¡Ah, la Ley! ¡Cuántos crímenes se cometen en su nombre!

PRE.—¡Caramba!... Está usted demoledor...

MUR.—Yo no soy más que un *detective* afortunado... Pero de vez en cuando me echo a filosofar y... me convenzo de que otros lo hacen mucho peor.

PRE.—De modo que, si usted fuera todo el Tribunal, condenaría a Belcher.

MUR.—A ojos cerrados. Pero, por Dios, no vaya yo a influir en su ánimo, señor Presidente, y por querer argumentar con demasiada severidad rectifique sus propósitos y...

PRE.—No... no... Puede usted hablar cuanto guste. Yo le confieso a usted que también me es antipático el tal Belcher... Mas el fallo está ya acordado.

MUR.—¿Su absolución?

PRE.—¡Claro! (Pausa.)

MUR.—Es un proceso rarísimo, que me ha estado interesando desde que aparecieron las informaciones del mismo en los periódicos... Primero, la muerte de sir Arturo... Luego, la caída de lord Cleveland desde lo alto de una ventana del Castillo... Más tarde, la acusación de ese Jorge Fose, novio de la hija de lord Cleveland, contra Belcher... ¡Cuidado que es repulsivo ese hombre!

PRE.—Indudablemente, el asesino de sir Arturo fué lord Cleveland...

MUR.—¿Y el de lord Cleveland? ¿Podía ser otro que Belcher?

PRE.—Sin embargo... La tesis del suicidio...

MUR.—No creo en el suicidio de Cleveland, señor Presidente, por muy lógico que les parezca a ustedes...

PRE.—¿Y por qué?

MUR.—Porque no creo tampoco que lord Cleveland fuese el asesino de sir Arturo... Y no siéndolo, no tenía por qué suicidarse...

PRE.—¡Caramba, míster Murliam!

MUR.—A través de las declaraciones de los testigos, he visto algo extraordinario que he de deslindar en tiempo no lejano...

PRE.—Todos los testigos aseguran que hubo lucha... Luego, el cuchillo de monte de lord Cleveland... y el puño de lord Cleveland, ensangrentado en la mano crispada del cadáver.

MUR.—No creo en el suicidio de lord Cleveland, ni en que lord Cleveland fuese el asesino de sir Arturo.

PRE.—Allá usted, míster Murliam... Me dan miedo sus originalidades... A veces, acierta usted y hay que ver cómo quedamos nosotros.

MUR.—Oiga usted, Presidente, ¿me sería fácil hablar aquí, y ahora mismo, con Jorge Fose, el...

PRE.—Sí... ya... No hay inconveniente.

MUR.—Muy agradecido. Podría buscarle en otro lado, pero en este sitio parece que se indaga con mayor solemnidad.

PRE.—(Oprimiendo el botón del timbre y apareciendo un ujier por el foro.) Llame usted al testigo Jorge Fose, de la Sala tercera, y dígale que venga.

(Vase el ujier. Al mismo tiempo entran por la derecha dos Magistrados.)

MAG. 1.º—¿Va a ser muy largo el descanso, señor Presidente?

PRE.—Diez minutos.

MAG. 1.º—Lo digo porque como ya está esto resuelto...

MAG. 2.º—Está la Sala cada vez más llena de público... y, en realidad, estamos como el primer día...

MUR.—Yo no, señor Magistrado... He avanzado algo.

PRE.—(Haciendo las presentaciones.) Míster Murliam...

MAG. 1.º—¡Oh! El detective más notable de Londres, émulo del gran Scherloch-Holmes.

PRE.—El Magistrado...

MUR.—Les conozco a los dos.

PRE.—¡Ah!

MUR.—¿A quién no conozco yo, señores?

MAG. 2.º—¿Y dice usted que ha avanzado algo en el estudio de este proceso?

MUR.—Lo bastante para no estar conforme con la absolución de Belcher.

MAG. 1.º—Pues es cosa hecha.

MUR.—Ya lo sé...

UNA VOZ.—(Desde dentro.) ¡Audiencia pública!

PRE.—¿Vamos? (A los Magistrados.)

MAG. 1.º—Cuando usted guste, señor Presidente.

(Por el foro aparece Jorge Fose.)

PRE.—(A Murliam.) Aquí le tiene usted... Hasta luego...

(Vanse por el foro el Presidente y los dos Magistrados. Estos saludan respetuosamente a Murliam. Fose queda esperando que Murliam le dirija la palabra.)

MUR.—¿Ha oído usted hablar alguna vez del profesor Murliam?

FOSE.—Es nuestro mejor detective.

MUR.—Pues está usted hablando con él... Siéntese, señor Fose.

FOSE.—(Dándole la mano.) Encantado de conocerle...

(Se sientan los dos.)

MUR.—He seguido el proceso con más atención, si cabe, que ustedes. Y como veo en él algo extraordinario, algo que no se ha resuelto, ni con mucho, en la Sala segunda, pensé en buscar al personaje más simpático. más sincero, más noble del proceso, y este personaje es usted.

FOSE.—Mister Murliam...

MUR.—Necesito que seamos buenos amigos.

FOSE.—¡Y cómo no, sin tan generosamente me ofrece usted su protección! Porque protegerme de verdad es lo que va usted a hacer, míster Murlíam; que yo soy uno de los personajes del proceso ávidos de justicia, y todo lo que en favor de su esclarecimiento se realice, en beneficio mío ha de ser...

MUR.—Y de lady Eulalia, a quien quiere usted mucho...

FOSE.—¡Qué bueno es usted!

MUR.—No ignoro ningún antecedente. Todos los anoté a medida que fueron apareciendo en el curso del proceso.

FOSE.—Su generosidad me confunde.

MUR.—Unas veces requieren mis servicios y me los pagan a peso de oro; otras me ofrezco yo mismo para perseguir un asunto misterioso, no aspirando a más recompensa que a un poco de amistad y a otro poco de gloria.

FOSE.—¡Admirable!

MUR.—Usted y lady Eulalia odian a muerte a Belcher.

FOSE.—Sí, míster Murliam .. ¿por qué negárselo?

MUR.—Yo también le odio sin tratarle, sin conocerle apenas... Y diga usted . ¿cómo no había medio de modificar la funesta cláusula testamentaria de la madre de lady Eulalia?

FOSE.—La esposa de lord Cleveland era inmensamente rica... Lord Cleveland, sólo un aristócrata...

MUR.—¡Ya!

FOSE.—Y muy dado al vicio... Ducho en dilapidar grandes fortunas. Ello fué la causa de que al otorgar su testamento dejara en él la cláusula de que si lord Cleveland moría, siendo menor de edad lady Eulalia, fuese irremisiblemente el administrador de todos los bienes de los Cleveland y el tutor de lady Eulalia... Suponía la noble muerta que lord Cleveland había de elegir muy mal, ¡y el caso es que ella eligió mucho peor!...

MUR.—Cierto.

FOSE.—Nada pudo lord Cleveland contra esa cláusula. Todos los bienes son de lady Eulalia, única hija de los Cleveland Lord Cleveland era sólo el usufructuario de ellos... Muerto él, Belcher había de administrarlos..

MUR.—Este es el punto más interesante. ¡Belcher! ¡La tutoría de Belcher! ¡Cuánto debió anhelarla! ¡Con qué satisfacción recibiría lo que creen algunos suicidio de lord Cleveland!... Afortunadamente usted acusó a Belcher como presunto asesino de lord Cleveland.

FOSE.—Estoy convencido de que él le mató.

MUR.—Naturalmente, puesto que los criados han declarado que al desaparecer lord Cleveland se hallaba sólo con Belcher... Dos horas después se le buscaba por todo el castillo... y al fin se hallaban en la dirección del ventanal central del edificio, al borde del torrente, rasgones de su frac y manchas de sangre. La corriente le arrastró..., pero ¿se arrojó él? Belcher sostiene que sí, fundándose en que estaba avergonzado de su crimen... Usted y yo creemos que fué Belcher el que le arrojó al torrente, deseoso de llegar fácilmente a la codiciada administración de la herencia

y a la no menos codiciada tutoría... ¡El suicidio de lord Cleveland era una cosa tan lógica!

FOSE.—Sí, míster Murliam...

MUR. — Sin embargo, no había pruebas... ¿Y lady Eulalia? ¿Sigue en el convento, a donde la llevó Belcher?

FOSE. — Sí... Belcher es el protector más autorizado y respetado de ese convento y en él la encerró... Después de todo, mejor está allí que a su lado...

MUR.—¿Desde el convento se ve el castillo de Cleveland?

FOSE.—Sí, desgraciadamente, porque hace un año se ha apoderado la superstición de los vecinos de aquellos alrededores y hasta de las mismas monjas, hasta tal extremo, que juran ver fantasmas en el castillo y aseguran que tocan solas las campanas de la torre...

MUR.—¡Hola!

FOSE.—Y lady Eulalia no sosiega, fija siempre la vista en el siniestro panorama...

MUR. — ¿De modo que han aparecido ya los consabidos fantasmas?... Lo de siempre. Y el castillo, ¿está abandonado?

FOSE. — Por completo. Belcher, durante su libertad provisional, fué una vez con su procurador... y no pasó del vestíbulo... ¡Los remordimientos!

MUR.—¿Vió también algún fantasma?

FOSE.—Sí, míster Muliam... Asegura que, al entrar, la sombra de un hombre con hábito negro pasó junto a él... Y que hasta le habló...

MUR. — Lo que usted dice: ¡Los remordimientos!... Afortunadamente para nuestra conciencia, a nosotros no nos atormentan los espíritus... (Levantándose.) En fin, querido Fose... Mañana volveremos a vernos... Tenga usted la bondad de venir a mi casa.

(Le dá una tarjeta y Fose le da a Murliam la suya.)

FOSE.—Iré, míster Murliam.

MUR. — Tengo la seguridad de que usted será el esposo de lady Eulalia...

FOSE.—Pero tenga usted en cuenta que Belcher estará en libertad dentro de unos minutos.

MUR.—También lo estoy yo, amigo Jorge... (Oyense grandes rumores dentro.) ¡Ah! Terminó la vista...

FOSE.—(Asomándose a la puerta del foro.) ¡Absuelto, dicen que absuelto!

MUR.—¡Naturalmente! Estaba descartado.

FOSE.—Yo creí que la declaración de Williams me ayudaría; pero ¡ni eso!

MUR.—Williams... ¿Quién es Williams?

FOSE.—Un criado que, cuando ocurrió la muerte de sir Arturo, fué el primero que se halló en la habitación contigua a la del muerto... Sin embargo, el propio Williams asegura que vió salir a lord Cleveland de la habitación de sir Arturo momentos antes de ser hallado muerto... (Mirando hacia el foro.) ¿Ve usted? Aquel es Williams...

MUR.—¿Ese?

FOSE.—Sí.

MUR.—Yo conozco a ese hombre... Pero ¿de dónde? ¡Ah! ¡Sí! Ya recuerdo... Le vi una vez en la posada de Balton Quere..., no muy lejos del castillo de Cleveland..., y hablaba...¡Calle usted! Ahora recuerdo que...

(Williams atraviesa por el foro.)

FOSE.—(Llamándole.) Williams... (Williams entra.) Este es...

MUR. —(A Williams.) ¿Usted no me recuerda?

WIL.—No, señor...

MUR.—Yo, sí... Estaba usted en la posada de Balton Quere cuando yo acerté a pasar allí para descansar de una larga jornada... Usted hablaba de su odio hacia alguien... Cuyo nombre no pude oír...

WIL.—(Asustado.) ¡Es posible!...

(Oyense rumores fuera.)

FOSE.—Ya salen .. (Mirando por el foro.) Podré verla... Vuelvo, míster Murliam...

MUR.—(Misteriosamente a Williams.) He sentido de veras no escuchar su declaración.

WIL.—No ha perdido usted nada.

MUR.—¿Puede usted decirme quién es ese personaje misterioso a quien quería usted matar porque había atentado contra el honor de su hermana de usted?

WIL.—No recuerdo...

MUR.—Poco quiere usted a su hermana entonces, si tan fácilmente olvida un agravio de tal naturaleza.

WIL.—¿Y con qué derecho me interroga usted de ese modo?

MUR.—Soy detective, señor Williams... Y me llamo Murliam.

WIL.—(Turbado.) Perdón, pero...

MUR.—La madeja se va desenredando más pronto de lo que yo creía.. Es importantísimo pasarse unas horas en este despacho... Ahora resulta que usted...

WIL.—¿Yo qué?

MUR.—¿Era sir Arturo ese personaje misterioso el que usted amenazó con quitarle la vida?

WIL.—Míster Murliam...

MUR.—Era sir Arturo... ¡Ah! Sus ojos lo expresan bien claramente... ¿Y usted no ha declarado nada de eso?

WIL.—¿Por qué?

MUR.—Hubiera convenido a la Justicia. Usted llegó el primero a la habitación del muerto, del hombre a quien usted había amenazado de muerte...

WIL.—Lo siento mucho, pero no puedo seguir contestándole a usted.

MUR.—Pues no tiene usted más remedio... Yo poseo una gran memoria y me acuerdo de sus palabras de usted... «Ese hombre ha causado la deshonra en mi familia... Debo vengarla... sea como sea... Con la muerte si puedo...» ¿Se acuerda usted? ¡Santa casualidad! ¿Quién había de pensar en usted?

WIL.—Por favor...

MUR.—Mi recuerdo le acusa a usted gravemente... Defiéndase Williams, o ahora mismo le acuso a usted ante el Presidente de la Sala...

WIL.—No... Yo le juro a usted que no tengo ninguna participación en el crimen, que... oí un grito, acudí...

MUR.—¿Y cómo se comprende que acudiera usted con tal rapidez? ¿Es... que ya estaba usted allí?

WIL.—¡No! Eso no... Yo había visto a sir Arturo y nada le dije... ni nada intenté contra él...

MUR.—¿Luego está usted seguro de que lord Cleveland asesinó a sir Arturo?

WIL.—Seguro, no... Es más, no lo creo...

MUR.—¡Ya!

WIL.—Sinceramente, no lo creo...

MUR.—Puede usted expresar esa creencia al Tribunal.

WIL.—Muerto lord Cleveland, ¿quién me lo hubiera agradecido? Si viviese...

MUR.—¡Ah! Si viviese. (Aparte.) Ese bellaco oculta algo... Ande usted, hombre... ande usted... y agradézcame que no siga interrogándole. (Aparte.) Es un infeliz. No se asuste usted, que nada ha de ocurrirle... Pero quizá algún día necesite de usted.

WIL.—Puede usted disponer de mí como quiera...

MUR.—(Tendiéndole la mano.) ¿Pasó el pánico?

WIL.—A medias...

(Respirando fatigosamente.)

MUR.—(Toma unas notas.) Para todo hay tiempo... (Mirando a la izquierda.) ¡Señor Presidente!

(Vase por la izquierda.)

WIL.—(Aparte.) Si lord Cleveland viviera diría la verdad; pero muerto, ¿voy a exponerme a que se sospeche de mí seriamente? ¿Cómo voy a decir que lo sé todo porque iba a... matar a sir Arturo?... ¡Dios me perdone si he mentido! (Vase.) Ahora, primero soy yo...

(Por la derecha entran Belcher, Baldwin, la señora Baldwin, lady Roberts, Ducht y dos ujieres conduciendo a lady Eulalia accidentada.)

UJIER 1.º—Aquí estará bien... (Abre el balcón.) ¡Que entre el aire!

(Acomodan a Eulalia en un sillón.)

BAL.—Fué el calor de la sala...

SRA. BAL.—Y las emociones...

ROB.—Empezó a llorar al empezar la vista, y después la sobrevino el síncope...

UJIER 2.º—Ahora voy en busca del señor Doctor.

UJIER 1.º—Sí... No teman ustedes, que no es nada...

(Vanse los dos ujieres por el foro. Eulalia vuelve en sí.)

BEL.—Eulalia... hija... No me amargues este momento en que se ha reconocido mi inocencia, tan villanamente puesta en duda...

EUL.—(Mirando a Belcher con rabia.) Déjeme... (A lady Roberts.) ¿Dónde me han traído?

ROB.—Estamos en una de las dependencias de la Audiencia... ¿Te sientes muy mal?

EUL.—No... ya pasó...

DUCHT.—Yo también estuve a punto de perder el sentido... Estábmos tan apiñados... Y el caso es que esos no enviarán al Médico... Iré yo...

(Vase por el foro.)

BEL.—Déjenla sola conmigo... Yo agradezco los cuidados de ustedes; pero ahora es mejor que... (Haciendo seña de que la marean.) Luego volveremos al convento en el automóvil... Allí podrán ustedes verla.

BAL.—Sí, es mejor que les dejemos solos...

ROB.—Adiós, hija... Para mañana te prometo una visita... Estaré a tu lado tanto tiempo como me lo permitan las monjas...

EUL.—Gracias.

SRA. BAL.—Adiós.

(Lady Roberts y señora Baldwin besan a Eulalia.)

BAL.—Reposo, mucho reposo es lo que ahora necesita.

(Vanse por el foro todos, menos Belcher y lady Eulalia. Esta permanece en el sillón.)

BEL.—¿Te encuentras mejor?

EUL.—Sí...

BEL.—Libre estoy, Eulalia... ¿No te alegras?

EUL.—Libre estabas antes también...

BEL.—Bajo la presión de los Tribunales...

EUL.—Eso sí...

BEL.—Cuando te haya visto el médico, regresaremos al convento...

EUL.—¡Al convento! Yo soy mucho más desgraciada que tú, porque no tengo esa libertad que a ti acaban de darte...

BEL.—La tendrás dentro de muy poco tiempo... Si no rechazas mis afectos como hasta ahora... Es preciso que te convenzas de que no hay más remedio que obedecer...

EUL.—¡Lo de siempre!

BEL.—Lo de siempre, Eulalia... Lo que no ha de variar por el momento... Desde este instante empieza una nueva vida para los dos... Nada tenemos que temer de la Justicia... Tú tienes veinte años... Pronto vas a llegar a la mayoría de edad, a ser dueña de lo tuyo, y es preciso que reflexiones seriamente...

EUL.—¡A ser dueña de lo mío!

BEL.—Pero no creas que yo he de desperdiciar el tiempo que falta para esa mayoría de edad... Conozco tus inclinaciones... y sé que harías un mal uso de lo que te pertenece.

EUL.—¡Oh!...

BEL.—Vamos, que no es este el lugar en el que seguir tales conversaciones...

EUL.—Para mí todos son buenos. Digo siempre la verdad, y la verdad puede decirse en medio de la calle... En cambio, usted, mi verdugo...

BEL.—¡Qué es eso de!...

EUL.—¡Sí, mi verdugo! Quiere alejarme de la sociedad, de mis afectos, de los míos para no perderme y no perder lo que a costa mía está elaborando... Planes siniestros, negocios indignos...

BEL.—¡Te quieres callar!

EUL.—Si no hubiera sido porque han requerido mi testimonio, ni a esta vista me hubiera usted dejado venir... Estoy resuelta a sufrirlo todo con paciencia, sí, a soportarle a usted, a soportar su tiranía, porque sé que ha de acabar muy pronto...

BEL.—Cuando yo quiera.

EUL.—¿Qué?...

BEL.—No pienses en tu matrimonio con Jorge... Sería una insensatez.

EUL.—¡Ah, no!

BEL.—Tú serás la mujer de quien yo quiera... Mía, si me empeño en ello.

EUL.—¡Oh! ¡Canalla!

BEL.—¡Eulalia, que pueden oirnos!

EUL.—¡Mejor!... ¿Y en esto consiste su talento? ¿En haber encontrado como única solución a sus temores de que se acabase esa tutela su matrimonio conmigo? ¿Es que cree usted que no hay justicia en la Tierra? Acaban de absorverle por un error judicial, pero en esta misma casa habrán de condenarle algún día...

BEL.—(Cogiendo a Eulalia por los brazos.) ¡Cállate!

EUL.—¡Porque es usted un cínico, un mal hombre, un bandido!

BEL.—¡¡Cállate!!... ¡Cállate o!...

(En este momeuto aparece Jorge Fose por el foro.)

JOR.—¡Eulalia!

(Eulalia lánzase en brazos de Fose.)

BEL.—¿Qué viene usted a hacer aquí?

JOR.—Lo he oído todo y estoy dispuesto a darle a usted la última batalla... Sé que por la vía legal ya no será posible acometerle a usted... ¡ha quedado bien demostrada su influencia en las altas esferas! Pero tiem-

ble usted, miserable, y no espere realizar ninguno de sus infames proyectos... Aquí estoy yo para impedirlo... Tiene usted dada contra mí una orden severísima en el convento... Huye de todas las ocasiones que puedan facilitar la menor entrevista entre Eulalia y yo. Mas ¿eso qué representa al lado de nuestro amor, más fuerte que todas las argucias criminales de usted? Ten calma, Eulalia... Alguien muy poderoso se ha puesto a nuestro lado, triunfaremos pese a tu carcelero y a su vergonzoso prestigio... Déjale que se pudra de rabia pensando en lo que no ha de poseer nunca, nunca, nunca...

EUL.—¡Jorge! (Jorge suelta a Eulalia.)

BEL.—(Cínicamente.) Audaz está el mozo... No esperaba que llegásemos a tanto... Pero ya que se me fuerza a hacer declaraciones, las haré para destruir esperanzas ridículas... Y alejar moscones... ¡Ja, ja, ja! Eulalia será mía.

JOR.—¡Oh!

BEL.—Porque yo soy el único que puede hacerla feliz... Aunque ella no lo crea... Es un compromiso sagrado que contraje con su madre, y que he de cumplir...

JOR.—¡Torpe! Pero ¿usted supone que había yo de soportar ese martirio de Eulalia?

BEL.—Lo soportará, como ha soportado usted otras cosas... (A Eulalia.) ¡Lástima me da ese muchacho!

JOR.—¡No he visto cinismo mayor en mi vida!

BEL.—(A Eulalia.) Vamos, que no es cosa que se fije la gente en nosotros...

JOR.—Muy pronto es para marcharse...

BEL.—¿Va usted a impedir nuestra salida?

JOR.—¡Sí!

BEL.—Llamaré...

JOR.—¡Qué importa!

BEL.—(Dando un empujón a Jorge.) ¡Paso!

(Jorge saca su revólver y va a disparar contra Belcher, pero en este momento aparece el profesor Murliam y le arrebata el revólver.)

EUL.—¡¡Jorge!!

MUR.—¡Jorge! ¿Qué va usted a hacer?...

BEL.—¡Quiso atentar contra mi vida! ¡Que se le prenda bajo mi responsabilidad!

EUL.—¡No, por Dios!

MUR.—Yo me encargo de este caballero... Soy el detective Murliam...

EUL.—¡Perdón para él!

MUR.—No se intranquilice usted, señorita... Somos dos buenos amigos...

BEL.—¡Ah, entonces!...

MUR.—Entonces .. lo mejor será que se dé esta cuestión por terminada... Servidor de ustedes.

BEL.—Beso a usted la mano...

(Vanse por el foro Belcher y Eulalia. Eulalia mira ansiosamente a Jorge y a Murliam y éstos la hacen señas tranquilizándola.)

JOR.—¡Ha visto usted! ¡Ha oído usted!

MUR.—Todo... Estoy contento, muy contento... (Entregándole el revólver.) Tenga usted... y... (Le quita antes las cápsulas.) cuidadito con lo que se hace... Hasta mañana...

JOR.—(Estrechando la mano a Murliam.) ¡Gracias, gracias!

(Va a salir por el foro, pero Murliam le indica que salga por la derecha.)

MUR.—No... Por aquí... Este corredor conduce a la escalera lateral...

Por la otra han salido Belcher y su hija... Hasta mañana y ¡cuidadito! (Mutis de Jorge por la escalera.) ¡Ajajá! ¡Magnífico! Esto va muy bien... Pero... el misterio del puño ensangrentado y el de la cartera .. ¡Oh! ¡El tiempo todo lo resuelve!

(Por la derecha entra el Presidente, sin toga.)

PRE.—¿Todavía aquí?

MUR.—¿Estorbo?

PRE.—Muy al contrario. Y para demostrarle que no. . Voy a pedirle un favor... que almuerce usted conmigo...

(Un ujier entra por el foro y pone un mantel y servicio encima de la mesa de escribir.)

PRE.—Otro cubierto. (Al ujier. Este vase por el foro.)

MUR.—Aceptado, Presidente...

PRE.—¿Sigue interesando a usted el proceso que acabamos de dar por concluso?

MUR.—¡Como ninguno!

PRE.—¡Caramba!... Es usted un hombre prodigioso... (Fuman. Vuelve el ujier con el almuerzo.) Siéntese... (Siéntanse los dos junto a la mesa.)

MUR.—Este proceso será uno de mis mayores éxitos.

PRE.—De usted lo espero todo...

MUR.—¡Es hermosísimo! Esta noche llenaré de notas mi carnet... ¡Ah, señor Presidente! ¡Como estos caen pocos en suerte!

PRE.—Pero, en fin, ¿qué es lo que ha sacado usted en limpio hasta ahora?

MUR.—Mucho y bueno... Y aunque usted se ría, aunque siga llamándome hombre prodigioso con cierta ironía, no creo en el suicidio de lord Cleveland, ni en que fuese lord Cleveland el asesino de sir Arturo...

PRE.—¡Formidable! (Levantando una copa con vino.) ¡A su salud!

MUR.—¡A la suya!

(Beben y cae el telón.)

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Patio de un convento de monjas. En el fondo, una tapia tras de la cual se ve una montaña y en lo alto de ella un castillo. Al lado del castillo un salto de agua que bordea el edificio y sigue por detrás del mismo. El cuadro ocurre al atardecer. A la derecha, una puerta que comunica con las habitaciones del convento; a la izquierda, otra que comunica con el exterior. Por la derecha salen sor Felisa, de edad avanzada, y Julianillo, de doce años, pastor, con varios jarros de leche.

SOR FEL.—¿Y dices que te asustaste?

JUL.—¡Por éstas!

SOR FEL.—No jures, que es pecado.

JUL.—Yo, como que dicen que a los muchachos las ánimas no les hacen nada, me acerqué a la muralla del castillo... con Pepín el vaquero... ¡Ojalá no lo hubiéramos hecho nunca! Por una de las ventanas redondas asomó la cara del fantasma...

SOR FEL.—¡El mismo diablo sería!

JUL.—Oiga, sor... ¿Cómo es el diablo?

SOR FEL.—¡Líbreme Dios de verlo nunca!

JUL.—Porque lo que yo vi no tenía forma de persona... Parecía un ave de rapiña...

SOR FEL.—¡El diablo, hijo, el diablo! ¡Y luego dicen que nos engaña el miedo... que lo que vemos desde el convento son alucinaciones!... ¡Ya les daría yo!

JUL.—Prometo no volver, que padre padece del corazón por un susto que tuvo... Y yo no quiero padecer de nada... Para trabajar mucho y casarme pronto...

SOR FEL.—¡Ave, María! Hasta los gatos quieren zapatos.

JUL.—Adiós, sor Felisa .. Y no crea usted que es cuento... He visto al fantasma como la estoy viendo a usted ..

SOR FEL.—Anda, hijo, y que Dios te acompañe...

JUL.—Salud... Y no importa que se lo cuente usted a las otras monjas... Para que sepan que es verdad...

SOR FEL.—Bien... Se lo contaré...

JUL.—Y que se enteren de que Julianillo se atreve a todo...

SOR FEL.—Así será...

JUL.—Buenas tardes... (Mutis de Julianillo por la izquierda)

SOR FEL.—(Cerrando la puerta.) No puede ser más que el diablo... En los espíritus en libertad no se puede creer... (Santiguándose.) ¡Dios nos asista! (Suena una campana del convento. Sor Felisa se asusta.) ¡Ay! Hace unos días cualquier cosa me asusta... (Llaman con fuertes porrazos a la puerta de la izquierda.) ¡Eh! ¿Otra vez Julianillo? (Obscurece.) A ver. (Mira por el ojo de la llave después de quitar ésta.) ¡Dos señorones! (Abre) Pasen... (Entran Murliam y Jorge).

MUR.—El Señor sea con todos...

SOR FEL.—(Aparte.) Son buena gente...

MUR.—(A alguien que se supone está fuera.) Ata los caballos y aguarda... Puedes comer y beber, pero sin emborracharte...

SOR FEL.—Ustedes dirán a lo que vienen.

MUR.—(Entregando una carta a sor Felisa.) ¿Conoce usted la letra? No es la única que habrán ustedes recibido del mismo firmante.

SOR FEL.—(Mirando el sobre.) ¡Oh! Es del Presidente de la Cámara de los Lores...

MUR.—Muy querido de esta santa casa...

SOR FEL.—Muchísimo.

MUR.—Se trata de una presentación.

SOR FEL.—Voy a avisar a la Madre Superiora...

MUR.—Aguarde... Nuestro deseo es visitar a lady Eulalia...

SOR FEL.—En este momento están unas señoras con ella y con el señor Belcher.

JOR.—Está él aquí.

MUR.—Tanto mejor... (A sor Felisa.) Pues bien... nuestro deseo es ése; pero quisiéramos que nos dijese usted si todo eso de los aparecidos en el castillo es fantasía...

SOR FEL.—¡Ca, no señor! ¡Tan verdad como que estamos vivos! Algunas tardes y no pocas noches tocan solas las campanas de la torre y aparecen en ella signos diabólicos .. A lady Eulalia la dejamos salir muy poco al patio para evitarla esas tristes visiones... ¡La pobre está tan triste!

JOR.—¿Está triste, sor?

MUR.—(Rápidamente.) Lo extraño es que nadie se haya atrevido a penetrar en el castillo.

SOR FEL.—(Santiguándose.) ¡Oh! ¡Bendito sea Dios! ¡Ni acercarse!... Un pobre pastor llegó hasta la muralla y vió al fantasma... A uno de ellos; porque yo creo que son toda una familia...

MUR.—¿Y no cabe la posibilidad de que se trate de una compañía de bandidos que se valen del miedo de los vecinos de estas tierras para vivir a sus anchas en el castillo?

SOR FEL.—¡Ay, no señor! El pastor asegura que el fantasma que vió tiene la cara de ave de rapiña.

MUR.—¡Hay hombres tan feos!

SOR FEL.—Si usted me permite, voy a avisar...

MUR.—Sí... vaya usted, sor... Y muchas gracias...

(Mutis de sor Felisa por la derecha.)

MUR.—(Mirando al castillo.) ¡Es particular! ¿Eh? Todos aseguran que lo de los aparecidos no es una leyenda, y, sin embargo, no están los tiempos para creer en espíritus ni en brujas...

JOR.—Cierto, Murliam...

MUR.—Algo habremos de avanzar gracias a esta visita.

JOR.—¿A pesar de Belcher?

MUR.—A pesar de Belcher...

JOR.—Ya vienen...

MUR.—Calma, Jorge, y confíe usted en mí...

(Por la derecha aparecen lady Eulalia, Belcher, lady Roberts, los esposos Baldwin, sor Felisa y la Madre Superiora.)

BEL.—(Viendo a Murliam y a Jorge.) ¡Eh! Eran ellos...

EUL.—Jorge... (Da la mano a Jorge y a Murliam.) Murliam...

MUR.—Veo que me recuerda usted, señorita...

MAD. SUP.—He leído la carta, y tengo mucho gusto en recibirles...

BALD.—(Saludando a Jorge.) ¿Qué tal, Jorge?

JOR.—(Saluda a lady Roberts y a los esposos Baldwind. A Belcher, no.) Bien, ¿y ustedes? Nuestra visita parecerá algo extraña...

BEL.—(Aparte.) ¿Qué pretenderán?

MUR.—Deseamos hablar con lady Eulalia...

BEL.—Difícil va a ser esto, míster Murliam... A usted se le recibiría muy a gusto; pero va usted acompañado de una persona que tiene absolutamente prohibida la entrada en este convento... (A la Madre Superiora.) Este... caballero es Jorge Fose.

MAD. SUP.—¿Jorge Fose? Perdone, señor Belcher; pero como llevan una carta del lord Mayor...

MUR.—La carta es terminante, y, con permiso de la Madre Superiora, le diré a usted, señor Belcher, que tenemos necesariamente que hablar con lady Eulalia...

BEL.—¡Bah! ¡Bah! Esta es una pretensión ridícula... Ustedes vienen en son de guerra... y esta es una mansión de paz... Además, aquí no se priva sistemáticamente la entrada a nadie... Estos amigos de lady Eulalia y míos entran cuando quieren y a la hora que quieren... Pero ustedes no...

MUR.—Perdone... Tenemos necesariamente que hablar con lady Eulalia...

MAD. SUP.—¡Caballeros, por favor!...

ROB.—(A Eulalia.) ¡Hija mía!

BAL.—Vamos, todo puede arreglarse.

SRA. BAL.—Se quieren, señor Belcher...

BEL.—Es inútil.

MUR.—Esto digo yo...

BEL.—Pero no está usted en su casa...

MUR.—Ni usted en la suya...

MAD. SUP.—El Señor nos valga... ¿Y qué hago yo ante tamaño compromiso?

(Hácese de noche.)

MUR.—Señora, atendernos, pues venimos bien recomendados...

BEL.—¿Desde cuándo tienen los policías franca entrada en la casa de Dios?

MUR.—¿Desde cuándo, señor Belcher, se admite en la casa de Dios a los que le ofenden y le niegan sus actos?

MAD. SUP.—Señores... yo les suplico...
BEL.—Salgan ustedes...
BAL.—Belcher...
MUR.—No...
JOR.—No saldremos sin hablar con lady Eulalia...
BEL.—Entonces...

(En este momento se oye una gran gritería fuera, y en una de las ventanas del castillo aparece una lucecita.)

SOR FEL.—¡Miren!
EUL.—(Tapándose la cara entre los brazos de lady Roberts.)
SRA. BAL.—¡Era verdad!
JOR.—Murliam, ¿qué dice usted ahora?
MAD. SUP.—No es la primera vez... que esto sucede...
BAL.—Para mí, será la última...
MUR.—Es curioso.

(La lucecita va apareciendo y desapareciendo, sucesivamente, por las ventanillas de la torre, dando la sensación de que sube alguien por ella.)

SOR FEL.—(Arrodillándose.) Padre nuestro...

(Al llegar la lucecita a lo alto de la torre, desaparece. De pronto asoma una llamarada.)

SRA. BAL.—¡Jesús!

(Las campanas de la torre tocan solas.)

JOR.—Murliam, ¿oye usted?

(Belcher esta aterrado.)

MAD. SUP.—¡Santo Dios!...

(Sor Felisa levántase dol suelo.)

SOR FEL.—¿Ven ustedes (A Murliam.) cómo era cierto?

(Las campanas siguen tocando durante unos momentos, viéndose el movimiento de las mismas. Nadie habla hasta que cesan.)

MUR.—(Al cesar las campanas.) Era verdad... (A Belcher.) ¿No dice usted nada?
BEL.—¡Qué quiere usted que diga!
MUR.—En el castillo de los Cleveland, y que debió usted hacer reconocer varias veces, se alojan unos bandidos... El caso está claro...
BAL.—¡Bien pensado, yo he visto casos análogos!
MUR.—Y, por consiguiente, es preciso que vayamos al castillo ahora mismo... No venimos solos. . Yo siempre llevo conmigo algunos agentes...
MAD. SUP.—Pero ¿van ustedes a ir?
MUR.—Sí, señora; con el señor Belcher.
BEL.—¿Conmigo?
MUR.—¿Tiene usted miedo?
BEL.—Nunca lo tuve.
MUR.—Pues, adelante... Usted tiene las llaves del castillo... De todos modos, me había provisto de un auto judicial para un caso de resistencia...
SOR FEL.—(Aparte.) ¿Van a ir?
MUR.—Cuando usted quiera.
BEL.—Decidido estoy, míster Murliam. No quiero que se diga que el castillo de los Cleveland es una guarida de ladrones... Las llaves las llevo siempre encima.. Estoy a sus órdenes.
MUR.—Muchas gracias. Hasta luego todos... (Besando la mano a la Madre Superiora.) Señora ..
MAD. SUP.—Que El les ayude a ustedes.
EUL.—(A lady Roberts.) Temo... no sé lo que temo...
ROB.—Piensa en tu felicidad que está muy próxima.
SOR FEL.—(Aparte.) ¡Y van a ir decididamente!

BAL.—Yo les acompañaría con gusto, pero tenemos que tomar el tren de las ocho... Ya comprenderá usted...

MUR.—Yo me hago cargo de todo... y sé lo que es miedo...

BEL.—(Iniciando un mutis y cediendo el paso a Murliam.) En marcha.

SOR. FEL.—¡Ave María Purísima! Esos no lo cuentan..

BEL.—Pase...

MUR.—No... Usted primero.

(Vanse Murliam, Belcher y Jorge. En los demás se advierte un movimiento de terror.

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto. Es de noche. La luz de la Luna entra en la habitación, iluminando la mesa cercana al ventanal, que estará cerrado. En escena estarán todavía las cartas con que jugaron al pocker los personajes del primer acto. Todo está en la misma disposición; pues desde aquella noche trágica nadie ha entrado.

Al levantarse el telón, no habrá nadie en escena. A través de la vidriera del ventanal pasará el resplandor de una linterna muy potente y se oirán las voces de Murliam y de Jorge. Al cabo de un rato, entrarán por la izquierda aquellos dos y Belcher, éste poseído de un profundo espanto.

MUR.—(Que lleva una linterna encendida.) ¿Avanzamos más?

JOR.—Aquí, fué, Murliam...

BEL.—Aquí, efectivamente.

MUR.—(Advirtiendo que tiembla, a Belcher.) Si no está usted a gusto, puede marcharse. Lo interesante era que nos abriese. Sentiría que pasase usted un mal rato...

BEL.—Cumpla usted con su cometido, y basta...

MUR.—Así lo haré. Y muchas gracias... (A Jorge.) ¿En este salón se hallaban los jugadores y las señoras?

JOR.—Sí... Nadie ha entrado aquí desde entonces... Está todo como lo dejamos...

MUR.—Aunque no me encontraba yo entre ustedes aquella noche, me doy perfecta cuenta de todo. Conociendo la narración en sus más minuciosos detalles, no es difícil compenetrarse con el espíritu del lugar en donde ha ocurrido.

JOR.—¿Y no teme usted, Murliam, que efectivamente se albergue aquí una cuadrilla de bandidos y puedan...?

MUR.—¡Por Dios, Jorge!

JOR.—Lo digo porque como le veo a usted sin el revólver.

MUR.—Es verdad... Voy a complacerle.. (Se echa mano al bolsillo, pero no encuentra el revólver.) ¡Caramba! Esto sí que es curioso... Se me ha olvidado.

BEL.—¿Es posible?

JOR.—No se comprende en usted un descuido así...

MUR.—Nos siguen algunos agentes... No hay cuidado... Miren ustedes... (Señalando la puerta de la izquierda, por la que aparecen el Agente 1.° y 2.°)

AGEN. 1.°—¿Quiere usted algo? (A Murliam.)

MUR.—Nada... Que sigáis mis pasos... por ahora... Cuando me convenga estar solo ya os lo diré. (Murliam va hacia la mesa de los jugadores.) Parece mentira que por una simple leyenda de aparecidos no se haya nadie atrevido a entrar en esta casa...

BEL.—Bastó el primer registro... Vióse que no había nadie en ella... ¿Por qué insistir?

MUR.—Y se ha convertido en el terror de estos buenos campesinos...

¡Ahí es nada! ¡La leyenda del castillo maldito!... ¡Como si estuviéramos todavía en el siglo XIII, época de trasgos y de brujas, azote de imaginaciones sencillas!... ¿Ve usted, señor Belcher? Ya hemos entrado... No podían dejarse sin un nuevo registro los hechos que vienen ocurriendo desde hace tiempo en este castillo... ¡Duendes, dicen las viejas y los niños! ¡Hombres digo yo, hombres!

(Cuando va a inspeccionar la mesa suenan las campanadas sordas de un viejo reloj de la casa. Todos se estremecen.)

JOR.—¡Diantre! (El reloj da las nueve.)

MUR.—(Mirando su reloj.) La hora exacta.

BEL.—Es el reloj del comedor. Conozco su sonoridad...

MUR. — Complicado está esto, señores... Los relojes no pueden marchar indefinidamente...

JOR.—Quizá yendo...

MUR.—Calma... No hay que asombrarse de nada... Todo está sometido a leyes... Mi programa de ahora, también... Lo cierto es que no perdemos el tiempo...

(Por fin llega a la mesa y recenoce las cartas con una lupa.)

JOR.—¡Me admira ese hombre!

(Los dos Agentes no hacen más que mirar a todas partes con cierta inquietud.)

MUR. — (A los Agentes.) ¡Serenidad, amigos!... Ya conocéis mi sistema... La serenidad en lo nuestro es el éxito siempre... (Siguiendo el reconocimiento de las cartas.) Cartas francesas... De las mejores... ¡Cuánta ceniza! ¡Y lo raro es que después de tanto tiempo se haya conservado. (A Belcher.) Lord Cleveland... (El ventanal se abre furiosamente, soplando el viento. Vuelven todos a estremecerse.) Señores... Es el viento... Todo está sujeto a leyes... Preguntaba si lord Cleveland estaba sentado aquí... (Señalando el sitio donde se sentó lord Cleveland la noche del crimen.)

BEL.—Aquí, sí...

MUR.—Y fué el que perdió más dinero... Nohay más que fijarse en la parte de la mesa que le correspondía... Cenizas, habanos casi enteros... Generalmente, el que mucho pierde, mucho fuma... Lo he observado... ¿Y sir Arturo? ¿En dónde se sentaba?

JOR.—Aquí. (Señalando el sitio en donde se sentaba sir Arturo.)

MUR.—(Fijándose en la silla que ocupaba y hallando en ella un alfiler.) ¡Oh! Interesantísimo... ¡Un alfiler!

BEL.—Bien, ¿y qué? (Aparte.) Ese hombre me descompone.

MUR.—(Fijándose en algunas cartas.) Y varias cartas agujereadas...

JOR.—¿Qué dice usted?

MUR.—Y, sin duda, agujereadas por sir Arturo... Lo cual no tiene nada de particular, suponiendo que sir Arturo era un ventajista del juego... un hombre incorrecto... Eso del alfiler es un procedimiento viejísimo .. Pero eso hubiera podido dar luz al Tribunal acerca del asesinato... Porque es indudable que el crimen fué por algo que se relaciona con el pocker funesto...

BEL.—Esto afirma mi criterio de que fué lord Cleveland...

MUR.—Perdón... (Interrumpiéndole.)

BEL.—¿Va usted a prohibirme que hable?

MUR.—Suplico nada más.

BEL.—Pues ahora tiene usted que permitirme que no les complazca. El detalle del juego había escapado a mis observaciones... Y ello me afirma en mi convicción.

JOR.—¡Belcher! Respete usted al menos el lugar en que se encuentra.

MUR.—Y no olvide que contra usted se ha visto un proceso por otro crimen más grave, si cabe, que el de sir Arturo...

BEL.—Esto es una imprudencia.

MUR.—¿Vamos a reñir ahora?

BEL.—Accedí a cuanto usted me pidió. Tenga en cuenta mi sacrificio...

MUR.—¿El de entrar en el castillo?

BEL.—El de someterme a sus caprichos, míster Murliam. Pero ya está usted aquí... A ver si da usted con esos bandidos que agitan las campanas y encienden luces misteriosas...

MUR.—A ver...

BEL.—Que esta es su obligación, no la de resucitar cuestiones ya juzgadas...

MUR.—Es usted el que las resucita, insistiendo en su acusación.

BEL.—Porque estoy seguro de que es justa...

JOR.—Aquí mismo, delante de mí, acusó usted a lord Cleveland de haber asesinado a sir Arturo.

BEL.—Y aquí mismo volvería a acusarle... Sólo lord Cleveland pudo ser el asesino... (En este momento suena un tiro. Todos se estremecen.)

MUR.—¿Qué es esto?

AGEN. 1.º—(Fijándose en un sitio de la pared donde fué a parar la bala, sobre la misma cabeza de Belcher.) Aquí está la bala...

MUR.—Es verdad... (A Belcher.) Contra usted fué el disparo, Belcher.

BEL.—(Tembloroso.) No lo entiendo.

AGEN. 2.º—(Descorriendo el tapiz de la puerta de la derecha, por la que se ve un lejano resplandor.) De aquí ha partido...

MUR.—¡Y hay luz!

JOR.—¡Esta es la habitación donde fué asesinado sir Arturo!...

MUR.—¡Oh! Entonces... (A los Agentes.) ¡Adelante!... (La luz desaparece.) ¡Desapareció la luz!

BEL.—¿Va usted a entrar?

MUR.—¿Pues qué creía usted, que iba a huir como un poseído?... ¡Adelante! (Entran en la habitación Murliam, Jorge y los dos Agentes.)

BEL.—(Aterrado.) ¿Qué es eso? ¿Por qué accedí a entrar en el castillo? (Escucha.) No hay nadie... Dicen que no hay nadie... Yo iría tras ellos..., pero... no puedo; una fuerza superior a las mías me lo impide... (Se acerca a la ventana como si se asfixiara, pero al asomarse a ella da un grito penetrante.) ¡¡¡Oh!!! ¡Es él! Lo veo con claridad... En el agua... ¡Me mira! ¡Me pide que le ayude a salir! ¡No! Me amenaza... ¡Perdón! ¡Per... dón! ¡No quiero verle!.. ¡No quiero! ¡No quiero! (Se sienta en la misma silla donde se sentó lord Cleveland al final del primer acto, pero se levanta rápidamente.) ¡Aquí no!... Lo que es... la imaginación... Juraría que... he visto su cara... Y... (Se abre una puerta secreta de la derecha y aparece por ella lord Cleveland, con una bata negra y un bastón. Está pálido y demacrado. Lleva un revólver en la mano. Belcher, al verle, retrocede aterrorizado.)

CLE.—¿Qué has hecho, Belcher?

BEL.—Kele... veland...

CLE.—Te has puesto a mi alcance voluntariamente... Yo te lo agradezco... Porque mi mano temblaba, no te maté...: Pero vas a morir ahora, a pagar tu crimen... Vivo esta vida de tortura moral sólo por el afán de matarte... ¡Y felizmente ha llegado el momento! ¡Algún día habías de atreverte a llegar hasta aquí!

BEL.—¡No!... Cleveland... Espera... Yo fuí malo contigo... Fuí tu... asesino..., porque tú no vives... Porque eres sólo una sombra...

CLE.—¡Vivo... para ti! ¡Nada más que para ti! Y tras de ti habré de caer bajo estas piedras mías... que tú quieres arrebatarme... Di... ¿qué has hecho de mi hija?

BEL.—¡Cleveland!

CLE.—¿La has matado a sacrificios, a torturas?

BEL.—¡No!

CLE.—Tiemblas como lo que eres, como un cobarde... Ve hacia la ventana, que por ella habrás de caer con el corazón destrozado... Esta lucha no es como la otra... Yo soy un sér superior, sobrenatural y tú un miserable que se asusta...

BEL.—¡Perdóname!

CLE.—¡No! ¡No puedo!... ¡Condénate para siempre! ¡Para siempre!

(Cuando va a apuntarle con el revólver, entran Murliam, Jorge y los dos Agentes, y lord Cleveland desaparece rápidamente por la puerta secreta, dejando caer el bastón.)

BEL.—¡Murliam!... ¡Por aquí!... ¡Era él!

(Señalando el lugar por donde ha desaparecido.)

MUR.—¿Quién?

BEL.—¡Lord Cleveland!

JOR.—¡Cómo! ¿Está usted loco?...

BEL.—¡Juro que le he visto! ¡Huyó por aquí! (Señalando el indicado sitio.) Fué el que hizo antes el disparo .. ¡Lord Cleveland, sí; lord Cleveland!

JOR.—¡Imposible!

BEL.—(Viendo el bastón de Cleveland en el suelo.) La prueba... Esta es la prueba de que no estoy loco, de que no fué una alucinación... Era él el fantasma del castillo...

MUR.—(Cogiendo el bastón.) Efectivamente; lleva las iniciales de lord Cleveland...

JOR.—Entonces, ¡vive!

BEL.—No sé... no sé... (Temblando.) Si así fuera...

MUR.—Si así fuera... ¿qué? (Belcher baja los ojos y no contesta.) Nada me sorprende... Todo lo tenía previsto... No creí nunca en el suicidio de lord Cleveland y sí en que fué usted quien le arrojó por la ventana... Y como tampoco creo que sea lord Cleveland un asesino, si es cierto que vive, haré que resplandezca la justicia, que no es otro mi objeto, que para eso persigo con misterioso afán este proceso trágico...

BEL.—¡Es preciso salir de aquí!...

MUR.—¡No tal! Ahora menos que nunca... Rectifico lo que antes dije: debe usted quedarse.

BEL.—Aquí mando yo, míster Murliam.

MUR.—Se equivoca usted .. El que manda soy yo... (A uno de los Agentes.) Vaya usted al convento de donde acabamos de salir y solicite usted que le entreguen a lady Eulalia...

BEL.—¡¡Pero es que cree usted.. !!

MUR.—(Entregando al Agente un documento.) Con este documento no le pondrán a usted la menor dificultad.. Es el del lord Mayor, ordenando a la Madre Superiora la salida de lady Eulalia... por unas horas... Como supuse que esto había de ser objeto de una formidable oposición, y no me cabía duda de que había de necesitar la presencia de lady Eulalia en algún momento, no vacilé en proveerme de tal escrito de eficacia inmediata.. Vaya usted en seguida y venga con ella .. En esta habitación me encontrará usted a mí o a algún compañero... Sin perder momento.

(Vase el Agente por la izquierda.)

JOR.—¿Qué pretende usted?

MUR.—Ver si también para lady Eulalia es una realidad la visión de lord Cleveland... (Al otro Agente.) Y usted... me trae ahora mismo a Williams, el que fué criado de este castillo y hemos detenido hace unas horas en una casa de labranza... (Vase el Agente.)

JOR.—¿Detuvo usted a Williams?

MUR.—Sí... Porque sabía que también había de necesitarle... Williams es la clave de todo.. Me bastó oírle unas palabras el día de la vista para comprender que no tenía desperdicio. . Desde entonces le he vigilado... y esta mañana ordené que le detuvieran .. Mi programa se va cumpliendo punto por punto... Y usted, querido Jorge, tendrá la amabilidad de avisar al notario, que, como usted sabe, espera en la posada vecina ..

JOR.—Sí, Murliam... voy en seguida... (Vase Jorge.)

MUR.—(A Belcher, que está aterrado) Es absolutamente indispensable que se levante acta de todo lo que va a ocurrir aquí... Y ahora... permítame que compruebe lo de la huída de lord Cleveland... (Busca en la pared y encuentra el resorte de la puerta secreta, que se abre) ¡Oh! Una puerta secreta... Y digo yo: las ánimas no utilizan las puertas secretas... ¿Será cierto que vive lord Cleveland?

BEL.—¡Bast , Murliam, basta, no me atormente usted más!

MUR.—(Iniciando un mutis por la puerta secreta) ¡Harvey! ¡Peruvet! (Aparecen dos Agentes.) Esta puerta debe permanecer abierta... Tú, (A uno de los Agentes.) dame un revólver... No es para defenderme de nadie, Belcher, que para eso ya ha visto usted que no llevaba ninguno... Sé desde hace días con quién he de habérmelas... Es... para avisar .. Cuando oigáis un tiro, que descienda por esta escalera, que conduce a un sótano... Uno solo de vosotros... ¡Ah! Y por mucha que sea la autoridad de este caballero en el castillo, no le dejéis salir... Responde vuestra cabeza... Perdón, señor Belcher; pero estas medidas son imprescindibles... Y, a cambio de ellas, tendré el gusto de saber dentro de muy pocos momentos si el que le habló es lord Cleveland en persona o un alma en pena... Hasta luego.

(Desaparece por la puerta. La escena está alumbrada por las dos potentes linternas de los Agentes. Hay un silencio.)

MUR.—(Desde dentro.) Hay paso... Es un largo corredor... (La voz se va perdiendo.) Y hay una escalera estrecha... (Los Agentes escuchan atentamente la voz de Murliam.) ¡Y otra puerta secreta!

(Al llegar a este momento, óyese un estrépito como de una trampa que se cierra y un terrible grito, dado por Murliam.)

HAR. (agente.)—¡Míster Murliam!

PER. (agente.)—Asomándose a la ventana.) ¡Pronto! Venid algunos. ¡Míster Murliam en peligro!

BEL.—¡Maldito castillo! ¡Maldito policía! Id a auxiliarle y dejadme salir... Nos hallamos bajo extraños poderes... ¡Dejadme salir!

HAR.—¡Eso, no! (Cogiendo a Belcher por el brazo. Belcher forcejea para desasirse.)

BEL.—¡Os ofrezco todo el dinero que queráis por mi libertad!

HAR.—¡Antes son las órdenes de nuestro jefe! (A Pernold.) Avisa de otro modo .. No te oyen así... Con el revólver... y la sirena...

HAR.—¡Aquí, pronto!

(Hace sonar una estridente sirena y dispara su revólver varias veces.)

BEL.—¡¡Suéltame!!

HAR.—¡Antes perdería la vida!

(Harvey sigue forcejeando y dominando a Belcher, que quiere desasirse, mientras Pernold no cesa de disparar su revólver.)

ACTO CUARTO

La escena consta de dos departamentos: uno superior, que es un sótano de columnas, iluminado por un farol de aceite, y el otro inferior, que representa un sótano más profundo. Este último está dividido, comunicándose ambos departamentos por una puerta medio carcomida. A la derecha de uno de estos departamentos habrá varios sacos y cajas amontonados, una mesa con algunos libros, un colchón tendido en el suelo y una puerta en el fondo. También se verá en la mesa un plato con restos de comidas. En el fondo del departamento de la izquierda habrá una pequeña ventana practicable y un viejo arcón, además de otros cachivaches de desván. Al levantarse el telón, Murliam estará tendido en el suelo en el departamento de la izquierda del piso inferior. En el de la derecha se verá a lord Cleveland, que está agazapado tras de las cajas, como acechando a alguien, con gestos de enajenado.)

MUR.—(Levantándose trabajosamente y requiriendo su linterna y su revólver.) Gracias que no se ha disparado. (Por el revólver.) Pero ésta (Por la linterna.) no rige... (Intentando en vano encenderla.) Estaba desvanecido... ¡Soy un roble! Ésta caída pudo ser mortal... (Ya de pie.) Estoy molido .. Afortunadamente hago gimnasia todos los días, y sé caer... ¿En dónde estaré? ¿Me habrán oído caer? (Registrándose.) No llevo cerillas... (Fijándose en el techo, en donde hay una trampa abierta, por la que ha caído y por la que penetra la luz del farol.) ¡Oh! Por aquí me caí... Es una trampa... El demonio manda en esta casa... (Fijándose en una escalera de cuerda que hay en el suelo.) ¡Caramba! Una escalera de cuerda... que puede colocarse perfectamente en la trampa... (Va a subir, pero rectifica su intención.) No... Antes hay que enterarse de cómo está este sótano... (Fijándose en la puerta que separa los dos departamentos.) Cerrada... (Escuchando.) En el otro lado hay alguien... Se oye como una respiración fatigosa... (Da varios golpes a la puerta.) Si tuviera... ¡Esto servirá! (Coge una barra de madera que hay en el suelo.) La puerta está carcomida y cederá. (Da un fuerte golpe en la puerta y abre en ella un boquete.) ¡Diablo!... Decididamente hay alguien aquí...

CLE.—¡Atrás quien sea!

MUR.—(Requiriendo su revólver.) ¡Atrás digo yo también en la seguridad de que he de ser obedecido!

CLE.—¡Fuera todos de mi casa! ¡Idos o entregadme a Belcher!

MUL.—¡Qué dice! (Lord Cleveland adelanta.)

CLE.—Soy un hombre que recuerda a lord Cleveland... Nadie tiene derecho a entrar en mi castillo...

MUR.—¡Lord Cleveland! Pruébame que no eres un bandido y que no tratas de tenderme una celada... Acércate... Yo he visto retratos de lord Cleveland... Sin miedo... Tengo un arma; pero no haré uso de ella...

CLE.—(Adelantando más.) ¡Idos o haré fuego contra todos! ¡Idos o entregadme a Belcher!...

MUR.—(Fijándose bien en la cara de lord Cleveland.) ¡Sí, es lord Cleveland! ¡Vive! (Da otro golpe a la [illegible] y esta cede.) ¡Nada he de realizar contra usted!... ¡Lord Cleveland, soy su amigo! (Al entrar Murliam en el otro departamento, lord Cleveland desaparece por la puerta del fondo, cerrándola. Murliam le sigue.) ¡Oh! ¡Es de hierro!

(Por la derecha de la parte superior de la escena entran con linternas el agente Pernold y dos más.)

PER.—¡Míster Murliam!

MUR.—(Yendo precipitadamente hacia el punto donde está la trampa.) ¡Cuidado! ¡No moverse! ¡Hay peligro! Esperadme...

(Coge la escalera de cuerda y la coloca, descendiendo por ella Pernold y los otros dos Agentes.)

PER.—Pero, ¿qué le ha sucedido a usted?

MUR.—Silencio .. El fantasma del castillo era lord Cleveland...

PER.—¡Lord!...

MUR.—Le he visto también... Se encerró en aquel recinto. (Señalando la puerta de hierro.) Es preciso rescatarle... Aquí hay algún terrible misterio que hay que desentrañar a toda costa... ¡Bendigo la hora que el Comisario expuso a mi servicio!

PER.—¡Gracias, míster Murliam!

MUR.—Intentaremos llamar... A ver si por la persuasión... (Avanzan los cuatro hacia la puerta de hierro; pero oyen ruido en la ventana que se halla al fondo del departamento izquierdo, por la que aparece una lucecita.) ¡Quién va allá! (Los Agentes van a lanzarse hacia la ventana.) ¡No moverse! (Echándose todos a un lado, apagando las linternas, y por la ventana aparece, con un farol en la mano, el Criado viejo que vióse en el primer acto, de servidor de lord Cleveland, vestido de agricultor y con un cesto de comida. Sin entrar, es decir, desde fuera de la ventana, pasa el cesto y lo deja junto a aquélla, iniciando luego un mutis. Murliam le da el alto.) ¡Alto! ¿Quién es? (El Criado viejo se siente acometido de un gran pánico.) ¡Las manos arriba! (A los Agentes.) Obligadle a entrar... (El Criado viejo entra, obligado por los Agentes.) ¿Quién eres tú?

CRI. VIE.—(Cada vez más asustado.) Un pobre hombre, señor, que no hace daño a nadie...

MUR.—¿Y a qué venías? ¿Y por dónde?

CRI. VIE.—Esta ventana da a una galería que comunica con el cerro de Roquey... Pero... entonces ¿ustedes lo saben todo?

MUR.—Dime quién eres y a lo que vienes.

CRI. VIE.—¿Ustedes son de la Policía?

MUR.—Sí... contesta...

CRI. VIE.—Pues... ¿a qué callar?... Habrán ustedes visto...

MUR.—¡A lord Cleveland!

CRI. VIE.—¡Dios mío! ¡A lord Cleveland! ¿Y han podido hablarle?

MUR.—Sí. Le hemos hablado.

CRI. VIE.—Yo se lo explicaré a usted todo..., caballero..., porque sé que ello ha de resultar en beneficio de mi señor... ¿A qué callar, si ya... se ha descubierto?

MUR.—¿Qué es lo que se ha descubierto?

CRI. VIE.—Verá usted... Yo era criado en esta casa... Lo fuí muchos años... Me hice viejo en ella...

MUR.—¡Ya!

CRI. VIE.—Después de ocurrido el crimen y de haberse dicho que lord Cleveland se había suicidado, cuando estábamos ya todos fuera del castillo, quise yo llegarme hasta sus límites, para rezar ante él... ¡Le tengo tanto cariño! Y por una de las ventanas de los sótanos... vi pasar a lord Cleveland como una sombra... Yo no soy miedoso... Penetré por una de las ventanas en el castillo .. Lo recorrí todo, y al fin, en este mismo sótano, hallé a lord Cleveland... «¡Apártate—me dijo—, déjame morir con tranquilidad! ¡Para todos soy un asesino! ¡Vete!» Insistí en ofrecerme a él, asombrado de lo que ocurría..., y dijo serenamente: «¡Nadie más que yo puede haber matado a sir Arturo! ¡Vendrán a detenerme! Seré electrocutado... ¡Déjame morir!.. » Al fin, se acercó a mí...; parecía un cadáver... Los cabellos en desorden, la ropa hecha jirones... Hacía dos días que se habían agotado los víveres en el castillo y no comía... «¡Sólo—añadió—quisiera poder encontrarme frente a frente con Belcher, con el bandido de Belcher!...» ¿Ustedes saben quién es?

MUR.—Sí. Adelante.

CRI. VIE.—«Pero—continuó diciendo—no me preguntes nada. Para todos soy un asesino...» Al marcharme, decidido a dar parte de lo que ocurría, para salvar a ese pobre hombre, oí que me decía: «Si me quieres y

me respetas, júrame por la memoria de tu madre que no dirás a nadie que he sobrevivido a la caída... Quise matarme, pero fuí cobarde... Hasta la muerte se ha declarado mi enemiga...» ¿Es que fué el señor Belcher el que intentó matarle? «¡Calla!—respondió—. No acuso a nadie... Allá cada cual con su conciencia... Yo no existo más que para ti... Y ¡ay del que se acerque a este castillo...» Y terminó: «Si hablases, me perderías...» Esta fué la última vez que le vi... Desde ese día he venido dejando todas las noches en este mismo lugar un cesto con viandas de mi pobre hacienda... Así ha podido ir viviendo lord Cleveland... Pero nunca he logrado volverle a ver... Me enteré luego de que hablaban de aparecidos en el castillo, y supuse que todo ello era cosa de lord Cleveland...

MUR.—Hizo usted mal en no avisar...

CRI. VIE.—Había jurado no delatar su existencia... Si luego hubieran condenado...

MUR.—¡Bravo! Ahora recuerdo su declaración en la vista del proceso contra Belcher y le reconozco... Pues bien; fiel criado de lord Cleveland... Está fuera de toda duda que Becher intentó matar a su amo de usted... Pero lo que interesa ahora es salvar a lord Cleveland...

CRI.—¡Sí! (Con alegría.)

MUR.—Y probar aquí mismo su inocencia.

CRI.—¿Usted cree que es inocente?

MUR.—Tengo la convicción de que lo es... lord Cleveland no mató a sir Arturo...

CRI.—No... no... no le mató...

MUR.—Ha llegado usted con una oportunidad asombrosa... dentro de unos momentos verá usted aquí mismo a lady Eulalia... y a Williams...

CRI. VIE.—El que fué...

MUR.—Sí: el que fué compañero de servidumbre de usted... es mi último baluarte... yo sacaré de aquí a lord Cleveland, después de haber probado su inocencia.

CRI.—¡Dios lo quiera!

MUR. (A Pernold.) Ve a la habitación en donde antes estábamos... y, cuando hayan llegado las personas a quienes mandé llamar, que bajen... y Belcher con ellos (Vase el Agente por la escalera de cuerda.)

CRI.—¿El señor Belcher también está aquí?

MUR.—También...

CRI.—¡Dios poderoso!

(Psusa. Murliam se acerca a la puerta de hierro y escucha.)

MUR.—Por aquí huyó lord Cleveland...

CRI.—Ese recinto no tiene salida... Conozco bien todas las dependencias del castillo...

MUR.—La voz de su hija le obligará a salir de nuevo... ya lo verá usted... (Oyese un espantoso ruido subterráneo.) ¿Qué es esto?

CRI.—No se asuste usted, señor... Este ruido lo produceu las aguas que pasan rozando por las paredes del edificio... A la altura del piso superior a éste...

MUR.—Comprendido... (Fijándose en los sacos y en las cajas.) ¿Y estos sacos y estas cajas?...

CRI.—¡Ah! Eso nunca supe lo que es... el señor no quiso decírmelo...

MUR.—Habrá que verlo... (Sacando de uno de los sacos una substancia como pólvora.) No me explico lo que pueden ser estos polvos... Sé algo de química... pero... ¿Lleva usted cerillas?...

CRI.—Sí, señor...

(Le da una cerilla. Murliam la acerca al polvillo después de haberlo colocado en el suelo y se produce una llama y una pequeña explosión.)

MUR.—¡Caramba! Estos son restos de viejos explosivos... combinaciones diabólicas.

CRI.—Pues mire usted aquí... (Abre una ventana practicable en la pared lateral del recinto derecho y señala hacia abajo.) En este otro sótano hay amontonados muchas cajas y sacos de estos...

MUR.—Es verdad...

CRI.—Yo oí decir muchas veces al señor que había en el castillo gran cantidad de materias inflamables y explosivas que no perdían sus cualidades con el tiemp ... ¡Si esto es un verdadero castillo encantado, señor!

MUR.—Tiene usted razón... (Oyense arriba grandes rumores.) ¿Qué pasa arriba? (A uno de los dos Agentes que continúan escena.) Vé a verlo. (Cuando el Agente se dispone a subir, Pernold aparece por arriba.) Aguarda... aquí está Pernold.

PER.—(Desde la trampa.) Todos están ya aquí... Pero Belcher ha intentado matar a Harvey para huir...

MUR.—¡Ah, canalla!

PER.—Y le hemos reducido después de algunas violencias... De aquí saldrá detenido. ¿No es eso, míster Murliam?

MUR.—Ya veremos... Belcher es lo menos interesante de este solemne momento... Voy a subir... Yo les traeré a todos... (Sube por la escalera de cuerda.) Vuelvo en seguida... (Al Criado.) Aguárdeme... (A los Agentes.) Vosotros también... (Desde arriba.) Estoy contento, muy contento... Esta será una de mis más grandes hazañas... He resucitado a lord Cleveland y voy a probar su inocencia... (Abrazando a Pernold e iniciando un mutis por la derecha.) ¡Muy pronto! ¡Oh, Williams!... ¡Sálvale! ¡Tengo la seguridad de que puedes hacerlo!

(Mutis de Murliam y Pernold por la derecha.)

CRI.—(A los Agentes.) Ese hombre debe de ser un gran policía...

AGE. A.—¿No ha oído usted hablar de míster Murliam?

CRI.—Sí... El apellido me suena...

AGE. B.—Es el mejor en el mundo, después Scherlock-Holmes ..

CRI.—(Dando tabaco a los Agentes para que llenen su pipa.) ¡Quieran los cielos que salga airoso en este asunto!

AGE. A.—Acertó ya... El éxito es seguro...

(Ábrese la puerta de hierro del fondo derecha y aparece de nuevo lord Cleveland.)

CRI.—El es... (Hace señas a los Agentes de que se escondan, haciéndolo así.) ¡Lord Cleveland! ¡Soy yo, su fiel criado!

CLE.—¡Fuera todos!

CRI.—¡Si estoy solo!...

CLE.—Quieren detenerme... Se ha sabido que vivía... Belcher lo ha denunciado... ¡Siempre él! ¡Quisiera tenerle delante otra vez! ¡Infame! Es mi eterno enemigo...

CRI.—Sosiéguese, señor... Los que ha visto usted vienen a salvarle...

CLE. — ¡No! No lo creas... Son policías... Me persiguen hace mucho tiempo... A ellos no he podido asustarles como a los demás; me han acorralado... he de defenderme como pueda... Vete tú si no quieres morir... ¡Pobre viejo!

CRI.—Pena me da usted, señor. (Aparte.) Está trastornado...

CLE. — Di a todos los que me conocen que soy inocente, que no he cometido crimen alguno, que me han calumniado...

CRI.—¡Oh, señor! (Acercándose a Cleveland.)

CLE. — (Apartándose a un rincón.) ¡Aparta! Aunque así sea, todos han de dudar de mí. ¡No te creerán!

CRI.—¡Sí me creerán!

CLE.—Mi cuchillo de monte al pie del cadáver... El puño ensangrentado de mi camisa... ¡Aparta! ¡Aparta! (Sin moverse del rincón.)

CRI.—¡Señor, señor!

CLE.—Sólo mi hija podrá creerme... díselo a ella, nada más que ella... ¡Hija de mi alma! (Llora.) ¡Que la arranquen de las garras de Belcher, si yo no puedo llegar a matarle!... ¡Júramelo! ¡Júramelo!

CRI.—¡Se lo juro!

CLE.—¡¡Hija!! (Llora mucho.)

(Por la derecha del piso superior entran lady Eulalia, Murliam, Belcher, conducido éste por Harvey; Jorge, Williams, Pernold y el Notario. Lady Eulalia va al lado de Jorge, que la lleva casi abrazada.)

CRI.—¡Por fin!

CLE.—(Oyendo el ruido de los que llegan.) ¡Oyes! ¡Vuelven!

CRI.—¡Calma, por Dios, calma! ¡Es la salvación, es la libertad, la vida!

CLE.—No... ¡Es la muerte, la traición! ¡Belcher me ha vendido!

(Volviendo a situarse a la entrada de la puerta de hierro.)

MUR.—(A Jorge y lady Eulalia.) Ustedes aguarden aquí. (A Belcher y Harvey.) Y ustedes también... (Así lo hacen.)

BEL.—¡Es inaudito! (Descienden los demás por la escalera.)

NOT.—¿No habrá peligro, míster Murliams?

MUR.—Ninguno, señor Notario.

CRI.—¡Lord Cleveland, reconozca usted a William!

WIL.—¡Vive!

MUR.—(A Criado viejo.) ¿Salió al fin?

CRI.—Véale usted... (Señalando a lord Cleveland.)

NOT.—(Muy asustado.) Yo no las tengo todas conmigo... Míster Murliam, que este lugar no es para seres humanos...

MUR.—Sosiéguese, señor Notario, y levante acta de cuanto oiga y vea...

NOT.—Para escribirlo luego, porque lo que es aquí...

MUR.—Hable, Williams... ¡Lord Cleveland vive! ¡Sé que usted es el único que puede salvarle!

WIL.—Sí... Hablaré...

MUR.—Delante del propio lord Cleveland, al que hay que arrancar de este retiro, porque no es culpable del asesinato de sir Arturo, porque tiene derecho a la felicidad...

WIL.—Oiga usted, lord Cleveland... Sir Arturo había inferido un agravio a mi hermana, y yo busqué una colocación en esta casa para tenerle algún día cerca y poder matarle... Ese día llegó... Le aceché una noche cuando iba a acostarse... Pero al ir a entrar oí ruido y le vi a usted, lord Cleveland, hablando con él...

MUR.—Reproduzca usted la conversación...

WIL.—Hablaban del juego... Usted echaba en cara a sir Arturo que hubiese robado el dinero por malas artes a sus invitados...

CLE.—(Sin moverse de la puerta, solemnemente.) ¡Cierto!

MUR.—(Aparte.) Las cartas agujereadas que acabo de ver lo explicarán todo... Siga...

WIL.—(Sigue dirigiéndose a lord Cleveland, que está bastante apartado del grupo.) Usted exigía a sir Arturo que devolviese el dinero, y se ofreció usted mismo a devolverlo... (Los que se hallan en el piso superior escuchan también la declaración de Williams.) Pero sir Arturo se negaba... Entonces usted le arrancó la cartera en donde llevó sus infames ganancias, y marchóse con ella... Al desaparecer usted... creí que había llegado para mí el momento de la venganza... y escuché... Sir Arturo hablaba sólo... Nadie había con él en su habitación... Descorrí el tapiz... y le hallé exánime y ensangrentado... ¡Se había suicidado!

CLE.—¡Ah! ¡Esto! ¡Esto! ¡Es la verdad!

JOR.—(Desde arriba.) ¡Santa verdad!

MUR.—¿Lo jura usted, Williams?

WIL.—¡Lo juro por la memoria de los seres más queridos!

CRI. VIE.—¡Gracias, Williams!

MUR.—Recuerde usted bien, señor Notario... ¡Esto es la inocencia de lord Cleveland!

WIL.—Nada quise decir en la vista por temora que se me acusara... ¡era tan comprometida mi situación! Pero viviendo lord Cleveland ninguna responsabilidad me alcanza... ¡Sir Arturo se suicidó, avergonzado de su proceder, temeroso de que llegasen sus truhanerías a oídos de todos!

CLE.—¡Sí! ¡Se suicidó...! ¡Cierto! ¡Cierto!

BEL.—(Desde arriba.) ¡Este hombre miente!

(Descendiendo por la escalera y Harvey tras de él.)

CLE.—¡Belcher! ¡Ah! ¡Acércate, bandido!

BEL.—(A Williams.) ¡Esta es una farsa burdamente urdida! ¿Cómo se justifica que se hallase a los pies del cadáver de sir Arturo el cuchillo de monte de lord Cleveland y el puño ensangrentado que lord Cleveland reconoció también como suyo?...

CLE.—¡Hable, Williams!

MUR.—¡Sí, hable!

WIL.—Al luchar ambos para apoderarse lord Cleveland de la cartera, sir Arturo le arrancó el puño... ¡Lo vieron mis ojos!

MUR.—¿Y lo del puñal?

WIL.—Es más fácil de comprender todavía. Fuí yo el que buscó el cuchillo de monte de lord Cleveland en su despacho, para matar a sir Arturo... Pero al descorrer el tapiz y verle muerto, dejé caer el cuchillo al suelo, y precipitadamente, sin advertirlo, recogí, en vez del cuchillo de monte de lord Cleveland, (Sacándose una navaja pequeña de una cartera.) esta navaja, con la que sir Arturo se suicidó... Hay grabadas en ella sus iniciales... Sus amigos han de reconocerla, pues la llevaba consigo en todas las cacerías...

CRI.—¡Pobre señor mío!

EUL.—¡Padre!

MUR.—¡Bien, Williams! ¡Ha salvado usted a lord Cleveland! (A lord Cleveland.) Venga usted a nuestros brazos, y prepárese a recibir una sorpresa... ¡Vamos!

BEL.—¡Esta es una apoteosis indigna!...

CLE.—(Mirando fijamente a Belcher.) ¡Es mi inocencia y tu condenación! Intentaste matarme arrojándome por la ventana... ¡Sobre ti han de caer todos los castigos!

BEL.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Soy muy fuerte! ¡Muy poderoso, Cleveland! Y tu resurrección ridícula no ha de librarte de mi persecución... y de mi justicia.

WIL.—¡Y habla de justicia!

NOT.—(Miedoso.) Vámonos ya... míster Murliam.

BEL.—Todo esto que has oido es una mentira.

WIL.—¡Mentira dice!

BEL.—¡Te han perdido entre todos, hombre del otro mundo, aparecido de cuento de brujas!

CLE.—(Furioso.) ¡Qué! ¿Qué dices? ¡Me habéis engañado!

MUR.—¡No, Cleveland!

CLE.—¡Os conozco!... ¡Era una celada! ¡Mi libertad era una mentira! ¡Ah, pero no lo será! ¡Aguardad!... (Desaparece por la puerta de hierro.)

MUR.—(A Jorge y lady Eulalia.) Ahora es la ocasión... ¡Jorge, lady

Eulalia!... ¡Bajad! (Bajan ambos, y al descender, cae la trampa tras de ellos.) Su padre necesita una emoción intensa .. ella le volverá a la razón.

CRI.—(Yendo hacia la puerta de hierro.) ¡Evitemos una catástrofe, míster Murliam!... ¿Dónde ha ido ese hombre?

MUR.—(Al Criado viejo.) ¡Llámele... su hija le espera ..!

CRI.—¡Lord Cleveland!

(Lord Cleveland aparece con una antorcha encendida, y dando un empujón al Criado viejo, que rueda por el suelo, la levanta en alto.)

CLE.—¡Mi libertad es ésta!

(Sin dar tiempo a que los demás vayan a detenerle, arroja lord Cleveland la antorcha por la ventana que comunica con el depósito de explosivos.)

MUR.—¡¡Qué ha hecho usted!!

CLE.—¡Es la destrucción de mi castillo! ¡La muerte de mis enemigos! ¡Mi libertad!

EUL.—(Lanzándose en brazos de su padre.) ¡Padre mío!

(Cleveland hace una mueca de profunda emoción.)

MUR.—¡Hay que salir de aquí!

CLE.—¡Hi... ja!... Tú... entre ellos... ¡Huye!... ¡Si no morirás! (Al Criado viejo.) Lléva... tela... llévatela... ¡Hija! ¡Perdón!... ¡Llévatela!

(Murliam y Jorge arrancan de los brazos de Cleveland a lady Eulalia. Lord Cleveland cae desvanecido, presa de un ataque, en los del Criado viejo.)

CRI. VIE.—¡Se ha desvanecido! Hay que llevárnoslo como sea .. Pero ¡pronto! ¡Estamos en peligro de muerte! Este es el recinto de los explosivos...

MUR.—(Viendo que la trampa de la escalera de cuerda no puede abrirse.) ¡Maldición! ¡No puede abrirse!

NOT.—¡Dios mío, sálvanos!

PER.—¡Habrá que destruir la trampa!

CRI. VIE.—No... saldremos por el corredor subterráneo. . En él, estaremos fuera de todo peligro...

NOT.—¡Enseguida! (Lánzase precipitadamente por la ventana.)

JOR.—¡Valor, Eulalia!

MUR.—(Al ver que Belcher se lanza a salvarse tras del notario, le detiene.) ¡Usted el último! ¡Primero, lady Eulalia... Jorge con ella... ¡Con la que ha de ser su compañera para toda la vida!

(Salen por el corredor lady Eulalia y Jorge. Detrás, el Criado viejo, Pernold y Harvey conduciendo a Cleveland. Luego, Murliam.)

MUR.—¡Aprisa! ¡Estamos salvados! (Salen también los Agentes.)

WIL.—(Acometido de una idea súbita y mirando a Belcher, que se ha quedado solo con él y que quiere salir.) Han dicho que usted el último... (Le da también un empujón.) ¡Que Dios me perdone!

(Al salir cierra la ventana que da al corredor, dejando encerrado a Belcher.)

BEL.—¡¡Oh!! (Lleno de terror.) ¡Abrid! ¡Miserable! (Da unos tremendos golpes a la ventana, pero ésta no se abre.) ¡La muerte, no! (Va precipitadamente hacia la trampa, subiendo por la escalera de cuerda, pero la trampa tampoco cede.) ¡La muerte... no! ¡La muerte... no!

(Cae desmayado. Inmediatamente sale una llamarada por la ventana que da al recinto, y se produce la explosión y el desprendimiento del piso superior. Por el fondo, y como si cayese desde una gran altura, entra gran cantidad de agua. Telón lento y final de la obra.)

Imprenta Moderna.—Doctor Fourquet, 23.—Teléfono M. 14-51

De Jorge y José de la Cueva

Aquí hase farta un hombre (un acto).

De Muñoz Seca y Pérez Fernández

La nicotina (un acto).—Coba fina (un acto).—¡Por peteneras! (un acto).

De D. Tomás Luceño

¿Cuántas, cuántas, calentitas? (un acto) (1).—¡Viva el difunto! (un acto) (1).

De Muñoz Seca y Sebastián Alonso

El contrabando (un acto).—De balcón a balcón (un acto).

(1) Estudio crítico de D. Jacinto Octavio Picón.

De Linares Rivas

El señor Sócrates (un acto).

De Antonio Ramos Martín

La cocina (un acto).—La afición (un acto).—La gran familia (dos actos).—La real gana (un acto).

De otros autores

«El golfo de Guinea», por Paradas, Jiménez y S. Carrère.—«La tarasca del barrio», por J. Mesa Andrés.—«Los hombres que son hombres» y «El dinero y la vergüenza», por Julián Moyrón.—«El gitanillo», por M. Garrido.—«Los pelmazos», por L. Candela y E. Nieto.—«Don Juanito y su escudero», por Calonge y Reoyos.

COMEDIAS PUBLICADAS

De Linares Rivas

El abolengo (dos actos).—El ídolo (dos actos).—Aire de fuera (tres actos).

De Muñoz Seca

El roble de la Jarosa (tres actos).—Doña María Coronel (dos actos).

De Asenio y Torres del Alamo

El brillo de los caireles (cuatro actos).—Las pecadoras (tres actos).

De Flers y Caillavet

Corazonadas (un acto).

De Alfredo Testoni

La aventura del coche (tres actos) (1).

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.

De Sabatino López

Una buena muchacha (tres actos) (1).

De Antonio Palomero

El amigo Teddy (tres actos).

De Pérez Galdós

Celia en los Infiernos (tres actos).

De Paúl Gavault

Mi tía Ramona (tres actos) (2).

De otros autores

«Lo que no muere» (dos actos), por Sebastián Alonso y Luis Manzano.—«El amor que huye» (un acto), por Julio Pardo.

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.
(2) Traducción de José Juan Cadenas.

ZARZUELAS PUBLICADAS

«El Tambor de Granaderos» (un acto), por Sánchez Pastor.—«El Cristo de la Vega» (tres actos), por Cantó y Soldevilla.—«El puñao de rosas» (un acto), por Arniches y Asensio Mas.—«La patria chica» (un acto), por S. y J. Alvarez Quintero.—«Bohemios» (un acto), por Perrín y Palacios.—«Molinos de viento» (un acto), por L. Pascual Frutos.


3 0112 127856877